ARAGON RESTAURADO
POR EL VALOR DE SUS HIJOS.
COMEDIA NUEVA EN TRES ACTOS,
REPRESENTADA POR LA COMPAÑIA DE EUSEBIO RIBERA

EL DIA 25 DE DICIEMBRE DEL AÑO DE 1790.

POR DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES.

Garci Ximenez, Caudillo de los Aragoneses, tio de	Manuel de la Torre.
Recesvinda, enamorada de	La Sra. Juana Garcia.
Bastan Garcia, amigo de	Manuel Garcia Parra.
Otho, Aragones	Juan Codina.
Felicio. } Ricoshombres de Aragon.	Josef Vallés.
Tellez Aiznar. } Ricoshombres de Aragon.	Tadeo Palomino.
Velez de Guivara. } Ricoshombres de Aragon.	Francisco Garcia.
Subica. } Ricoshombres de Aragon.	Josef Garcia Ugalde.
D. Aznar, Caudillo de los Aragoneses........	Joaquin de Luna.
Abdemelich, Capitan Moro, hermano de	Rafael Ramos.
Zulema, pretendida por	La Sra. Josefa Luna.
Ajub, amigo de	Felix de Cubas.
Muza, enemigo de Abdemelich..........	Josef Galan.
Zoraide, Moro........................	Sebastian Briñole.
Didimo, Zagal Aragones................	Mariano Querol.
Oña, Zagala..........................	La Sra. Polonia Rochel.
Una Zagala...........................	La Sra. Joaquina Arteaga.
Un Esclavo Christiano.................	Juan Luis Ordoñez.
Esclavos, Moros, Aragoneses, y Zagalas.	

La Scena en el monte de Uruel y sus cercanias.

ACTO PRIMERO.

La scena representa el interior de una cueva, cuya obscuridad alumbrarán solo dos teas encendidas. Se dexarán ver en la estancia Felicio en pie á la izquierda como suspenso, reclinada la cabeza sobre su váculo; Recesvinda á su lado llorando. Al frente sentado Otho consternado de dolor, clavando los ojos en el Cielo, y á la derecha Guivara, Tellez, Subica y Aragoneses, sin orden, manifestando su afliccion con varios ademanes.

Fel. BUen Dios, pues nos has quitado
el bien que en nuestros conflic-
tuvimos, dadnos paciencia (tos
á lo menos.
Otho. Fiel amigo,
estas lágrimas te digan

mi dolor.

Rec. Tan afligido
tengo el corazon, que apenas
sin gran trabajo respiro.

Todos. Piedad, Señor.

Por la derecha Garci-Ximenez con báculo.

Garc. De pesar
traigo el corazon partido. *ap.*
¿Qué es esto, amigos, pues cómo
hallo en todos este indicio
de debilidad? ¿vosotros
que habeis tantó tiempo sido
superiores á las mismas
desgracias, vosotros digo
que christianos y animosos
por la fe de Jesu Christo
habeis resistido males
tan crueles y prolijos,
hoy á un infortunio solo
la constancia habeis perdido?
No, amigos, ya el justo Juan
salió de los infinitos
trabajos de aqueste suelo,
y está disfrutando el digno
premio de su gran virtud
sin duda en el paraiso
celestial. Allí tendrán
en él desde hoy los conflictos
de todos un medianero
perpetuo, y así imagino
que debiéramos cambiar
el pesar en regocijo.

Tell. ¡Ay Garci Ximenez! ¿sabes
que era el postrimero asilo
que nos quedaba? ¿te olvidas
acaso que retraido
á este desierto, acogió
en sus senos escondidos,
las miserables reliquias
que dexó del christianismo
el bárbaro Abdemelich?
¿dudas tú que perecido
hubiéramos á sus manos
si en los mayores peligros
no nos hubiera alentado
su virtud?

Garc. Sí, Tellez mio,
todo lo sé.

Fel. ¿Pues qué extrañas,
que todos reconocidos
tributemos á su muerte
este dolor? ¿ya qué alivio
nos resta? por todas partes
el furor del enemigo
asola, tala y destruye
nuestras tierras, engreido
con sus triunfos: solamente
exércitos descubrimos
de bárbaros, que insaciables
los senos mas escondidos
de España inquieren, en busca
de los pocos fugitivos
Christianos que en la derrota
postrera quedaron vivos.
Nosotros, Garci Ximenez,
si hasta ahora no hemos sido
descubiertos, como así
lo tenian merecido
nuestros pecados, no creas
que fue acaso, sí prodigio
de Dios, que á ruegos de aqueste
varon justo ha detenido
el brazo de su justicia.
Yo así al menos lo he creido.
Con que sin él ¿qué esperanza
tendremos?

Garc. ¡Ah fiel amigo!
la de un fin glorioso.

Todos. ¿Quál?

Garc. Sentaos todos conmigo,
y oid, pues ya que el amor
que á Juan teniais ha sido
causa para que vinierais
todos, de los varios silos
en que viviais ocultos,
á celebrar con gemidos
sus exêquias, convocados
por mí, por Otho y Felicio,
sus amados compañeros,
quiero á todos descubriros
un pensamiento que ha dias
que batallando conmigo
está: Subica, vé, y mira
si Bastan, que anoche ha ido
á buscar algun sustento

para este dia, ha venido
ya: bien que para este caso
esperarle no es preciso, *parte uno por*
pues le he confiado ya (*la derecha.*
este glorioso designio,
y le ha aprobado.

Rec. ¡Con quanto
sobresalto su peligro
me tiene!

Sale Sub. Aun no vino.

Garc. Bien.
Ve tú, pues, y con el mismo
recato, que siempre observa
los movimientos continuos
de los Moros de la plaza,
y no haga nuestro descuido
mayor el riesgo en que estamos.

Sub. Bien está. *vas.*

Otho. Ya, amado amigo,
estamos todos pendientes
de tu voz.

Garc. Oid::: Dios mio,
tuya es la gloria, haz que hieran
mis palabras sus oidos! *ap.*
Ya sabeis, Aragoneses,
guerreros y esclarecidos,
que desde el mísero dia
en que el ciego Rey Rodrigo
vendió á los Moros á precio
de un reprehensible descuido
nuestra España,
deshechos y perseguidos
los Christianos que pudieron
escaparse del cuchillo
ó la esclavitud, tomaron
algun seguro esparcidos
en los senos de los montes:
sabeis tambien, hijos mios,
que de las cuevas mas hondas,
de los mas secretos silos
supieron sacarlos. ¡Ah!
nosotros somos testigos
de esta verdad, pues apenas
aterrados, fugitivos
en estos ásperos montes
de Uruel nos retragimos
contra el furor Agareno,
creyéndonos escondidos
é ignorados (¡qué dolor
me costará el referirlo!)
fuimos todos asaltados
en aqueste propio sitio
por Abdemelich. ¡Qué noche
tan infausta aquella, hijos!
Vierais entrar denodado
á aquel bárbaro caudillo
con el alfange desnudo
gritando: no compasivos
deis quartel, todos perezcan.
Aterrados, sorprendidos
nosotros, que al blando sueño
estábamos ya rendidos,
desamparando los lechos
corriamos indecisos
por la cueva, sin que en medio
de la confusion gemidos
y lamentos se escuchára
mas eco en todo este sitio,
que el que el dolor producia,
pidiendo al fiero caudillo
piedad: pero él mas sañudo
con nuestros tristes gemidos
su corvo alfange embotaba
mejor en los mas rendidos,
y los que huyen su furor
tropiezan con el cuchillo
de los suyos, que implacables
bárbaros, y endurecidoss,
todo quanto encuentran hacen
triste objeto de sus filos.
Aquí un alarbe arrebata
de los dulces pechos mismos
de su madre al niño tierno,
que en ellos mira dormido,
y descargando el alfange
que enarboló vengativo
sobre el inocente cuello,
mancha el rostro dolorido
de la madre con su sangre.
Allí en los brazos del hijo
traspasa otro el noble pecho
del padre que á un parasismo
cayó rendido: aquí espira
un tierno esposo afligido
revolcado entre la sangre
que poco ha verter ha visto

á su amada esposa: este
al huir de su enemigo
pisa el denegrido rostro
quizás de su padre mismo,
que espirando estaba: en fin,
amigos, el mas impío,
el mas espantoso, el mas
funesto, y mas compasivo
espectáculo de quantos
la crueldad ha podido
retratar jamas fue este.
En el funesto distrito
que estais mirando murieron,
entre viejos, mozos, niños
y mugeres, quatrocientas
personas, que en los reñidos
encuentros de las postreras
campañas, con gran peligro
se salvaron. Solamente
nuestro querido Felicio
y yo, que desesperados
morir matando elegimos,
y por medio del tropel
de los bárbaros rompimos,
huir logramos con vida,
aunque gravemente heridos.
Pasados algunos dias,
á esta montaña se vino
el justo Juan, y erigiendo
para los cultos divinos
una Ermita, dedicada
á S. Juan Bautista, hizo
de este lugar pavoroso
su mas oportuno asilo.
Felicio y yo que con Otho
y Recesvinda escondidos
viviamos, por sus ruegos,
á este parage volvimos
todos los que en la aspereza
de estos cercanos distritos
se ocultaban, convocados
de la fama que á su oido
llevó la rara virtud,
y sucesos peregrinos
del justo Juan, amparados
de la noche, y por caminos
desconocidos, vinieron
á este desierto. Esparcidos
en las infinitas cuevas
que en él se hallan, han vivido
hasta ahora obedeciendo
todos lo que el sano juicio
de Juan mandaba: de modo
que morando en este sitio
mas de quinientas personas,
y hallándonos de continuo
cercados del Moro, hasta hoy
no pudieron descubrirnos.
Ayer, pues, que mas que nunca
lamentaba en mi retiro
la funesta situacion
en que vive un resto digno
de la Christiandad, el Cielo
(pues claro es que para mio
tenia mucho de bueno)
me inspiró el noble designio
de restaurar nuestra patria,
ó morir por conseguirlo.
Nosotros, decia yo,
porque así el Cielo lo quiso,
del Agareno furor
librar las vidas pudimos;
nuestros padres derramaron
su noble sangre, como hijos
de la Iglesia, confesando
la gran fe de Jesu Christo.
Nuestros amigos y deudos
están sufriendo el martirio
de la esclavitud: las casas
nuestras, al furor impío
del fuego están asoladas:
nuestras haciendas las vimos
taladas, los sacros templos
profanados con indigno
oprobrio nuestro; y en fin
nosotros en un continuo
cautiverio para siempre
sepultados aquí vivos,
y en claro riesgo de ser
cercados ó sorprendidos
por los bárbaros. Y entonces,
pregunto, ¿quántos conmigo
se hallaren, no serán tristes
víctimas de su cuchillo,
como oisteis que lo fueron
tantos en aqueste sitio?

Vol-

Volved, volved vuestros ojos,
vereis esos duros riscos
salpicados de la sangre
de vuestros padres, amigos,
deudos:::Aun está caliente,
tocadla, tocadla amigos,
mas sea para vengarla:
si mañana acometidos
hemos de morir, muramos
acometiendo. Ya miro
que somos pocos: ¿mas fueron
tantos mas los atrevidos
Chr's anos que de las cuevas
de Asturias habeis oido
que levantando el pendon
de la fe de Jesu Christo,
salieron ayer en busca
de su orgulloso enemigo?
No, pocos fueron, mas todos
nobles, todos aguerridos,
todos Christianos, y todos
fiados en los auxîlios
celestiales. Quatrocientos
de estos leones invictos
mataron doce mil Moros,
sin otros tantos que heridos
y deshechos se escaparon
llenos de pavor; pues hijos
si vemos tan claramente
que de tan grandes peligros
nos ha reservado Dios
para que seamos dignos
restauradores de España
y de su fe, no su aviso
despreciemos. Si en Asturias
hay un Pelayo aguerrido
y Christiano, que animando
sus deudos y sus amigos,
solo á impulsos de su fe
lidie y venza el anemigo
de Dios, no en Aragon, centro
glorioso del Christianismo,
falte otro noble Pelayo,
que animando el nuestro brio
de las míseras reliquias
de aquel Reyno esclarecido,
y saliendo á la campaña
en nombre del Uno y Trino,
tale, asole, arruine, gane,
hiera, mate, y venza altivo,
para que en elogio nuestro
digan los futuros siglos,
que si lloró España un tiempo
de la esclavitud los grillos,
los fuertes Aragoneses
rompérseles han sabido,
nobles, valientes, leales,
católicos y aguerridos.

Durante la proposicion de Garcí Ximenez habrán manifestado los Aragoneses alguna conmocion, y al llegar á esta exhortacion prorumpirán en llanto.

Fel. Oh quanto Garci Ximenez
me llena de regocijo
el ver que muestres en todo
la Real Sangre que en tí miro
de nuestros Godos. Ya ha dias
que ese pensamiento mismo
tuve yo, pero al mirar
quan pocos hoy á seguirlo
se dispondrán, á vista
de tan soberbio enemigo,
no me atreví á proponerlo.

Otho. Hiciste muy mal, Felicio,
que si el brazo poderoso
de Dios por el christianismo
pelea, seremos muchos,
y pocos los enemigos.

Garc. ¿Qué decis, Aragoneses?

Tell. ¿Pues no habeis ya conocido
en sus rostros la alegria
que vuestro heroyco designio
ha derramado en sus almas?
¿dudabais que sus altivos
corazones abrazaran
ese glorioso partido
de morir heroycamente
por la fe que tantos siglos
profesaron? No señor,
todos nobles y aguerridos
esperan con impaciencia
el instante apetecido
de salir á la campaña
á restaurar con su brio
la pérdida de la patria.
Y así yo en su nombre os pido

que

que sin esperar un dia
busquemos al enemigo
en su casa. Salgan ya
de estos horrorosos silos
aquellos fuertes leones,
que tantas veces temidos
fueron de los Agarenos.
Salgan: sus fieros rugidos
resuenen por esos valles
dilatados y sombrios,
y animados de su fe,
de su nobleza y su brio
venzan, pisen, despedacen
crueles y vengativos
las soberbias medias lunas
que los solares antiguos
nuestros oprimen: de nuevo
vea el bárbaro enemigo
sobre sí aquel rayo fuerte
de los católicos brios.
Rompan de una vez los duros
y calamitosos grillos
de la esclavitud, haciendo
que renazca el christianismo
de sus cenizas, y vean
los Agarenos caudillos
que si han mandado hasta ahora
sobre nosotros no ha sido
por su valor, si porque
castigar el Cielo quiso
nuestros pecados con un
cautiverio tan prolixo.

Rec. Pero si vosotros, faltos
de fe, de honor y de brio,
no os atreveis á seguir
este glorioso designio,
quedaos en estas cuevas
para siempre envilecidos,
que yo, con quantas matronas
Aragonesas los silos
de Panou viven, saldré
á buscar al enemigo
presurosa, levantando
el pendon de Jesu-Christo,
y fiadas en los fuertes
y celestiales auxîlios
de Dios, y su pura Madre,
seremos del enemigo
pasmo, horror, asombro, ruina,
asolacion y exterminio.

Garc. Recesvinda, espera.

Fel. ¿Qué determinais, amigos?

Todos. Morir por Dios y la patria,
buscando á sus enemigos.

Garc. ¡De qué júbilo me llena
vuestro christiano heroismo,
hijos! Pero ya que estais
tan resueltos como he visto,
lo primero que debemos
hacer, siguiendo el estilo
de los fuertes Asturianos,
es, entre nosotros mismos
elegir un Rey á quien
obedezcamos rendidos,
este nos mande y gobierne,
dando glorioso principio
á la Real Sangre que debe
en todos tiempos regirnos,
si, como de Dios espero,
recuperamos con brio
nuestras tierras.

Fel. Yo tambien
soy de ese dictamen mismo.

Todos. Y todos.

Garc. Pues al momento
que venga nuestro querido
Bastan Garcia se hará
la eleccion en este sitio.

Sale Sub. Señor.

Garc. Subica ¿qué traes
tan azorado?

Rec. Dios mio
¡qué será!

Sub. Desde la punta
de aquese elevado risco
de la Ermita, que nos sirve
de atalaya, perseguido
de una quadrilla de Moros
á Bastan Garcia he visto
correr hácia aquí.

Rec. ¡Ay de mí!
¿Pues á qué esperamos tio,
que á socorrerle no vamos?

Garc. Es verdad: ya es fuerza hijos
que si los Moros le siguen
descubran hoy nuestro asilo,

y así tome cada qual
la defensa que consigo
tuviere, y sígame.
Todos. Vamos.
Rec. Amor, vence su peligro. *vanse.*

Monte elevado con diversas quiebras: en su cima una gruta sobre la izquierda, cuya boca cubrirá un gran peñasco, que amarrado de dos gruesas cadenas, baxándole servirá de puente á un rio que corre despeñado desde lo mas elevado de la derecha, hasta lo interior de la izquierda. Los bastidores de uno y otro lado serán de selva. Sale por la derecha Bastan Garcia con un carnero al hombro, clavadas en el vestido y la piel del carnero algunas flechas, y va subiendo al monte.

Bast. Ya es imposible librarme
de esa canalla, pues miro
alzado el puente, y no hay
quien socorra mi peligro.
Madre del Pilar, tu amparo
busco.
Dentro Zor. Sigamosle, amigos,
que puede importarnos mucho.

Sale Zoraide con arco y escudo y algunos Moros que suben por el monte.

En vano de aquesos riscos
te amparas, pues ya no puedes
librarte.
Bast. Así lo imagino,
pero primero que logres,
Moro, llevarme contigo,
sabré yo desesperado
precipitarme en el rio
si puedo.

Baxan el puente, y salen de la cueva Garci Ximenez, Felicio, Otho, Recesvinda y Aragoneses, con espadas, venablos, arcos y mazas.

Garc. Seguidme aprisa.
Zor. ¿Qué es lo que veo?
Bast. ¿Qué miro?
Garc. Pocos son, hijos, empiecen
á conocer nuestro brio.

Zoraide y los suyos, vuelven á baxar precipitadamente, seguidos de Garci Ximenez y los demas: Bastan Garcia dexa el carnero, y baxa con ellos.

Zor. Pues es imposible ya
conseguir nuestro designio,
y somos pocos, la fuga
nos valga.
Garc. A ellos, amigos,
por si alcanzarles podemos.

Los Moros huyen por la derecha seguidos de Garci Ximenez, Felicio, Otho y Aragoneses.

Bast. En vano intento seguirlos
quando aun apenas me puedo
tener en pie, ¿dueño mio,
dónde vas tú? *deteniendo á Rec.*
Rec. ¿Tal preguntas?
A ver si puede mi brio
vengar en ellos el susto
que me han dado.
Bast. ¿Pues ha sido
muy grande?
Rec. Mi corazon
lo diga, que aun ahora mismo
respira con sobresalto
al acordar tu peligro.
Pero dexame. *queriendo partir.*
Bast. Si haré,
mas dí ¿con qué has discurrido
hacer hoy mayor estrago,
en tus fieros enemigos?
¿con la espada ó con los ojos?
Rec. ¿Por qué lo dices?
Bast. Lo digo
porque si lidias con ellos
traerás muchos rendidos.
Rec. ¿Y qué con mi espada no?
Bast. Creo que no tiene filos.
Rec. Por Dios que en nada conozco,

Bas-

Bastan, lo que yo te estimo
sino en ver que has despreciado
mi valor, y lo he sufrido,
que á no ser así:::

Bast. Detente,
y no te enojes conmigo
porque me ves sin defensa,
pues jamas los pechos dignos
y generosos emplean
sus iras en un rendido.

Rec. ¿Y qué lo eres tú?

Bast. A lo menos
como á mi dueño te miro.

Rec. ¿Cómo he de ser yo tu dueño
si mandas tú mi alvedrio?

Bast. ¿Puedo creerte?

Rec. Aborrezco
la ficcion.

Bast. Así lo he visto,
pero quisiera:::

Rec. ¿Qué quieres,
Bastan Garcia, qué, dilo?

Bast. Que esa verdad confirmara
tu mano, para mi alivio.

Rec. Si no es mas, tómala.

Bast. ¡Amor
qué gloria!

Rec. ¡Qué regocijo!

Bast. Que vuelven.

Rec. ¿Y quándo piensas
que tenga fin el martirio
con que vivo?

Bast. Pronto.

Rec. Dios
lo quiera, Bastan querido,
que aunque veo que me amas
eres hombre, y:::

Bast. No hay peligro.

Vuelven á salir Garci Ximenez, Felicio, Otho y Aragoneses.

Garc. Oh quanto me ha disgustado
lo que en Recesvinda he visto. *ap.*
Cobardes son, pues tambien
saben correr.

Otho. Ni aun el vivo
furor con que á uno tiré
mi venablo le ha podido
alcanzar.

Garc. En fin logramos
salvar el grave peligro
de nuestro Bastan Garcia.

Bast. Es verdad, y yo rendido
os doy á todos las gracias.

Garc. Mas dinos, ¿estás herido?

Bast. No Señor, ninguna flecha,
bien sea acaso ó prodigio
de la Celestial Paloma
del Pilar, cuyos auxîlios
imploré, llegó á mi cuerpo,
y por prueba de lo dicho,
una por una podeis
arrancarlas.

Le van quitando las flechas.

Garc. Ni aun indicio
de sangre tiene. Bastan,
este es favor que has debido
al Cielo: ¿mas, cómo, dí,
pudieron los enemigos
descubrirte?

Bast. Oid, Señor,
el suceso como ha sido.
Tocábale, Señor, á mi ardimiento
segun el turno que hemos observado,
salir hoy á buscar nuestro sustento:
é interrumpió mi sueño este cuidado:
quiero vestirme; pero apenas siento
el frio, vuelvo al lecho emperezado,
ya dudo, ya me animo, y ya perplexo
dexo la cama, y aun la cueva dexo.
Era la noche mas que siempre obscura,
la niebla densa, y riguroso el frio,
la luna opaca y muerta la luz pura,
hacia el monte mucho mas sombrio,
silva el fiero aquilon en su espesura,
y entre las peñas brama airado el rio:
uno las ramas troncha ó las abruma
y otro azota los riscos con su espuma,
Nocturnas aves cantan á este lado,
por este brama el toro enfurecido,
ya cruza el monte el lobo encarnizado,
ya de la sierpe escucho el silvido:
todo era horror en uno y otro lado,
todo en mí susto quando lo hube oido,
irritado el cabello, el valor muerto,

ni

ni acierto á entrarme, ni á moverme acierto.
Cobréme en fin un poco, y qual si fuera
un monte cada pie, desciendo al llano
pisando sombras de la noche fria.
Llego al camino, párome, y en vano
vista y oido aplico, pues ni fuera
ni dentro se oye algun rumor cercano:
ármome de valor, me determino,
al prado baxo, y dexo ya el camino.
No bien quarenta pasos habia andado,
quando el tierno balído de un cordero
llegó á mi oido: sigo por el prado
el eco suyo; le oigo mas entero,
y mas cerca de mí: pongo cuidado,
y con la escasa luz que ya ligero
iba trayendo el dia noté que era
un rebaño que habia en la pradera.
Con gran recato infórmome si habia
quien mi intento frustrara: á nadie veo,
desenvayno un cuchillo que traia,
voy á una res que está dormida creo,
y por no despertarla si dormia,
poder vivir sin respirar deseo.
Llego, y antes que pueda ni aun sentillo
pasó el lanudo cuello mi cuchillo.
Voy á coger el triunfo, quando á un lado
oigo cruxir alguna seca rama:
sobresáltome un poco, y con cuidado
pongo el oido do el rezelo llama:
oigo pisadas: vuélvome asustado,
y por detras de una árida retama
veo acercarse un Moro que con miedo
pisaba, solo por pisar mas quedo.
Mírole absorto, y mírame ofendido:
da un paso mas, y el brazo levantado
descarga sobre mí; mas yo advertido,
húrtole el cuerpo, y burlo el golpe osado,
tírome á él tan veloz y enfurecido,
que quando vió su intento malogrado,
y quiso recobrarse, habia hecho
vaina ya mi cuchillo de su pecho.
Cae á mis pies, y yo del triunfo vano
eché al hombro la res, que aun palpitaba,
cojo el cuchillo con la diestra mano,
y á caminar con júbilo empezaba,
quando al ladrido de un robusto alano,
que junto á una cabaña descansaba,
despiertan, salen, venme, y denodados
corren tras mí seis Moros esforzados.
Veo mi riesgo, y con la fé mas viva,
invoco de Maria el fuerte escudo,
y sin dexar la presa que traia,
no corro, vuelo, y tanto que yo dudo
como la flecha que alcanzarme envia
el arco moro aun alcanzarme pudo:
en fin llegué hasta aquí, si ellos llegaron,
ni ellas me hirieron, ni ellos me alcanzaron.
Subo el monte rendido, y levantado
veo el puente, con mucho desconsuelo,
pienso tirarme al rio despechado,
porque no logre el bárbaro su anhelo;
sube al monte tras mí, quando apiadado
en mi socorro os trae el santo Cielo;
él huye, y yo respiro mas contento
de ver que al fin os traigo algun sustento.

Garc. Sí, noble Bastan Garcia,
todos hoy agradecidos
quedamos á tu fineza,
y compensarla imagino
dándote una nueva que
te llene de regocijo.

Bast. ¿Qual, Señor?

Garc. Ven á la cueva,
y oirás por el camino
lo que los Cielos disponen
en honra suya y alivio
de nuestros males. Tú puedes *á un Arag.*
quedarte, Zenon amigo,
en esa atalaya, y darnos
de quanto notes aviso.

Fel. Vamos, y pues este acaso
hace mayor el peligro
nuestro, ni un punto conviene
retardar nuestro designio.

Suben al monte, un Aragones carga con el carnero, y entra en la cueva con todos levantando el puente: Zenon queda de la otra parte del rio. Telon corto de selva, y salen Ajub, Zorayde y Abdemelich.

Abd. ¿Dista ya mucho de aquí?

Zor. No Señor.

Ajub. Segun me ha dicho
viene á ser la cueva misma
donde al pavoroso filo
de nuestros corvos alfanges
perecieron infinitos
Christianos que en su espaciosa
concabidad escondidos

vivian.
Abd. ¿En ella habitan
sin tener igual castigo,
sabiendo que es el rencor
que profeso al christianismo
tanto como mi poder?
Vive Alá que aun el oirlo
no mas me irrita la sangre
que siento no haber traido
tropas bastantes con que
pasarles hoy á cuchillo.
Pero guia, que como ellos
no abracen luego el partido
de la esclavitud (que es
el mas piadoso y benigno
que mi valor puede darles)
no ya á mis airados filos
morirán, que es demasiado
honor para unos indignos
Christianos: han de morir
abrasados en mi mismo
seno que habitan. ¿Qué esperas?
guia, volcanes respiro.

Parten por la derecha. La misma gruta con que empezó la Comedia. Salen Garci Ximenez con un pedazo de piedra llana en la mano: Bastan Garcia, Felicio, Otho, Didimo y Aragoneses.

Garc. Ya, ilustres Aragoneses,
veis el forzoso peligro
en que estamos de que el Moro,
sabiendo nuestro destino,
nos sitie por hambre, ya
que por lo fuerte del sitio
no pueda al pronto asaltarnos.
Antes, pues, que su designio
logre es fuerza poner
el nuestro por obra, hijos.
Y pues animosos todos
deseais con regocijo
salir á morir con gloria,
matando los enemigos
de Dios, tan solo nos resta
elegir, como diximos,
Rey que nos mande, gobierne
y anime: nadie es mas digno
que otro de este honor, y asi
los votos han de elegirlo;
mas por obviar toda quexa
fuera bien que por escrito
votáramos cada uno
sin pasion por quien mas digno
de mandar nos pareciere,
y recogiendo Felicio
los votos se verá quién
con mas número ha salido,
y aquel será por nosotros
jurado y obedecido.
Otho y Fel. Yo tu dictamen apruebo.
Bast. y todos. Y todos.
Garc. Pues ven, amigo, *á Felicio*
y una vez que ni tintero,
ni papel en estos silos
tenemos, en esta piedra
que para el caso he traido,
escribiré yo mi voto
con la punta del cuchillo,
haciendo á mi imitacion
despues los demas lo mismo;

Llega Garci Ximenez, hace que escribe en la piedra, y poniendo sobre ella la mano de Felicio, dice:

pero de modo que nadie
vea lo que el otro ha escrito.
Fel. Está bien.
Garc. Didimo, llega;
vota tú, porque al proviso
puedas por esa otra boca
de la cueva con sigilo
reconocer la intencion
que tuviere el enemigo,
pues desde ella se descubre
la Plaza.

Didimo escribe, y se levanta, y parte por la izquierda.

Sub. Nada replico. *vase.*
Garc. Llega tú, y ve á relevar
á Zenon, porque es preciso
que vote tambien.

Escribe, y parte por la derecha: llega Bastan, despues Otho y los demas.

Bast. Buen Dios,
ilumina nuestro juicio,
para que nuestra eleccion
sea justa; en ella miro
que puede pender tal vez
el logro de este designio
glorioso. Tú nos da Rey,

si nosotros le elegimos.

Sale por la derecha Zenon, escribe, y vuelve á partir.

Bast. Quiera Dios que todos hoy
sean del dictamen mio,
y que la pasion no quiera
dar el mérito al olvido.

Fel. Ya está.

Garc. ¿Votaste tú?

Fel. Sí.

Garc. ¿Y ofreceis todos rendidos
á Dios jurar hoy por Rey
aquel que nosotros mismos
por tal hayamos votado,
sin que por ningun motivo
haya queja ni pesar?

Todos. Sí ofrecemos.

Garc. Pues Dios trino
y uno bendiga y proteja
la eleccion: lee, Felicio.

Felicio coge la piedra, un Aragonés le alumbra, y lee.

Lee Fel. »Rey nuestro, Bastan Garcia.

Bast. ¡Qué escucho!

Lee Fel. »Rey nuestro, Garci Ximenez.
»Voto por Garci Ximenez.
»Bastan Garcia.

Bast. Pendiente tengo
de su voz mi regocijo.

Lee Fel. »Rey, Garci Ximenez.
»Garci Ximenez.
»Garci Ximenez.
»Voto por Garci Ximenez.
»Rey, Garci Ximenez.
»Voto por Garci Ximenez.

Bast. Mas que á Recesvinda pierda,
por ser ya mi Rey su tio
me alegro de la eleccion.

Fel. Ocho votos has tenido,
y Bastan dos.

Bast. Yo agradezco
esos dos; pero si digo
la verdad, siento que haya
entre los que están conmigo
dos, que, ó por envidia ciega,
por rencor ó por capricho,
pues ni envidia ni rencor
es creible en los que miro,
no conocieran que solo
Garci Ximenez es digno
de reynar sobre nosotros;
pues quando no hubieran visto
su valor y su prudencia,
les bastara haber sabido
que es el único que goza
la sangre Real de los invictos
Godos, que por tantos años
poseyeron el dominio
de España.

Garc. Bastan García,
yo tu buen afecto estimo.

Bast. Señor, estimeislo ó no,
solo lo que siento digo,
y lo que digo sostengo
aquí y en qualquiera sitio.

Otho. Pues Rey tenemos, ilustres
Aragoneses, conmigo
decid, que Garci Ximenez
viva.

Bast. Fel. y Arag. Viva muchos siglos.

Por la derecha Recesvinda con una corona de laurel.

Rec. Pues la aclamacion festiva
que escucho, y el regocijo
que en vuestros semblantes veo,
son evidentes indicios
de que ya elegisteis Rey,
sepa yo quién fue elegido,
para que leal y humilde
ofrezca á sus pies invictos
esta sencilla corona
de verde laurel y mirto,
que para ceñir sus sienes
en este instante han texido
mis mismas manos.

Bast. Llegad,
y ofrecedla á vuestro tio,
que él es nuestro Rey.

Rec. ¡Qué escucho! *regocijada.*
Vos, Señor::-

Garc. Sí, yo te estimo
el presente, y á vosotros
el honor que os es debido.
Los cielos quieran que puedan
responder los hechos mios
á las nobles esperanzas

que

que de mí habeis concebido.

Otho. Sí hará, y pues estrecha tanto
como veis nuestro peligro,
pasemos luego á jurarle
del mejor modo que el sitio
permita.

Garc. Sea en buen hora
lo que decis, mas Felicio
primero consultará
con vosotros el estilo
y pactos con que quereis
que reyne, pues esos mismos
que acordeis han de observar
en adelante mis hijos
ó sucesores. Hacedlo
mientras que yo me retiro
á dar las gracias á Dios
porque elevarme ha querido
á tal honor, y pedirle
sus poderosos auxîlios
para ganar en su gloria
Reyno, ya que Rey me hizo.

Por la der. Sub. Señor.

Garc. ¿Qué traes?

Sub. Un Moro
arrogante, á quien he visto
que otros dos de menos porte
acompañando han venido,
haciendo señal de paz
pregunta por el Caudillo
de los Christianos.

Garc. Salgamos
á ver qué quiere. Felicio,
haz tú entretanto lo que
te encargué.

Fel. Nada replico.
Venid.

Otho. Alma, ya tiene otro
imposible mi cariño.

Garc. Ven, Recesvinda. Bastan,
vente tú tambien conmigo.

Rec. Ay Bastan, por tí agradezco
la fortuna de mi tio.

Parten por la derecha Garci Ximenez, Bastan y Recesvinda, y por la izquierda Otho, Felicio y Aragoneses. Aparece el monte anterior, dexan caer el peñasco, y salen de la cueva Garci Ximenez, Bastan y un Aragonés con un venablo en la mano: al pie del monte se descubren Abdemelich, Zorayde y Ajub.

Abd. En efecto, Ajub, la misma
cueva en que con regocijo
de mi corazon pasamos
dos años hace á cuchillo
las miserables reliquias
del soberbio christianismo
es: ¡oh quánto se deleyta
mi alma al ver aquel sitio!

Ajub. Mas fortificado está,
á lo que de aquí percibo,
que estaba entonces.

Abd. De nada *(puente, salen al*
se acobarda el valor mio.

Garc. ¿Quién es quien desea hablarme?

Abd. Yo, Christiano.

Garc. ¿Y tú, quién eres?

Abd. ¿Mi semblante no te ha dicho
quien soy?

Garc. No, solo me dice,
Moro, que eres muy altivo.

Abd. Abdemelich soy, aquel
azote del christianismo,
ó rayo del gran Profeta,
cuyo valor es y ha sido
pasmo, horror, ruina y estrago
vuestro: dí, ¿me has conocido
ahora?

Garc. Sí.

Abd. Huélgome mucho.

Garc. ¿Y qué me quieres?

Abd. Deciros
que en el instante baxeis
desarmados y rendidos
á mis pies, agradeciendo
que yo propio haya venido
á mandároslo.

Garc. Agradezco,
Moro, el honor que has venido
á hacernos; pero hasta tanto
que no vinieren contigo
cien mil Moros á mandarlo
no sereis obedecido.

Abd. Mirad bien lo que decis.

Garc. Moro, ya estás respondido.

Abd

Abd. Advertid que antes de un hora
volveré, si es que me irrito,
á convertir en cenizas
el monte todo; y si os brindo
ahora con el honor
de haceros esclavos mios,
entonces os brindaré
con el fuego ó el cuchillo.
Bast. Soberbio Moro, los pocos
que en este horroroso sitio
moramos, mas facilmente
correremos á los filos
que á la esclavitud: y así
vete, y no pienses rendirnos
con tus amenazas, pues
tan lejos están los brios
nuestros de temerlas como
tú de vencernos.
Abd. Altivo
joven, no tan arrogante
me hablaras á haberme visto
cerca de tí.
Bast. Porque veas
quan poco ó nada he temido
jamas los semblantes fieros,
salir te ofrezco yo mismo
en busca del tuyo.
Abd. Creo
que tardarás en cumplirlo.
Bast. No haré, Moro; pero en tanto
que haberme salgo contigo,
para que pruebes mi brazo
este venablo te envio.
Quita á Didimo el venablo, se le tira á Abdemelich, y Zorayde le detiene con el escudo.
Zor. Señor.
Abd. ¿Qué haces, loco joven?
Bast. Moro, darte un corto indicio
de mi temor, guárdale,
que brevemente confio
ir á cobrarle.
Abd. Mahoma
me niegue su patrocinio
santo si tú no probares
mi rigor.
Garc. Trae contigo
tu exército si deseas
ver el valor de los mios.
Pero en tanto, á Dios.
Bast. A Dios,
Moro, mas lo dicho dicho. *vanse.*
Abd. Sí haré, pero ay de vosotros
quando yo empuñe el cuchillo
de la venganza, pues ya
que menospreciais altivos
mi piedad habeis de ver
en sus pavorosos filos
retratado vuestro estrago,
asolacion y exterminio.
Parten por la derecha, y se da fin al acto primero.

ACTO SEGUNDO.

La misma gruta con que empezó la Comedia, aunque mas iluminada de teas interior y exteriormente: al frente se verá un banquillo de peñasco: salen por la izquierda los Aragoneses, que conducirán sobre varias rodelas un libro pequeño, la corona de laurel, una espada, una divisa, un escudo grande y una bandera toda blanca: se irán colocando al rededor de la gruta, y salen tras ellos Bastan Garcia, Otbo, Felicio, Recesvinda, Subica, Tellez, Guivara, y el último Garci Ximenez.

Bast. SEñor, pues el tiempo estrecha,
y se ve ya prevenida
toda la solemne pompa
que nos permite en el dia
el sitio y pobreza nuestra
para vuestra merecida
coronacion, atended
á los pactos que hoy os dictan
vuestros vasallos; guardadlos
y defendedlos con dicha.
Oid, nobleza: oid, pueblo
de Aragon, que ya principian.
Felicio saca una piedra quadrada, y lee en alta voz.
»Pactos que han de jurar antes de
»coronarse los Reyes de Aragon
»(si

»(si place á Dios que los haya): »que no ha de empeorar si no me»jorar los fueros. Que se obligue á »distribuir los bienes y honores en»tre los naturales de la tierra, y so»lo puedan ser admitidos al gobier»no y sus honores cinco de los ex»trangeros. Que para hacer Cortes, »exercer la potestad judicial, ha»cer guerra, paz ó tregua con al»guno de los Príncipes, ó para otros »hechos de conseqüencia, hayan de »intervenir doce de los Ricoshom»bres ú de los mas sábios y ancia»nos. Que tenga sello para sus de»cretos: Alferez que en la guerra »le lleve la divisa. Que pueda labrar »moneda, pero de una misma ley, y »una vez sola. Que antes de la acla»macion él mismo se ciña la espa»da en señal de su supremo poder; y »en ese dia ningun otro pueda ser »armado Caballero: y que puesto »en pie sobre el escudo lo levan»ten los Ricoshombres, clamando »en alta voz, Real tres veces.

Repr. ¿Aragoneses, son estos
los pactos que en este dia
habeis conmigo acordado?

Todos. Sí.

Tell. Pues hincad la rodilla,
y sobre estos Evangelios
sacros haced pleitesía
y juramento solemne
de guardarlos.

Bast. Sin envidia *ap.*
le miran todos.

Tellez tomará el libro, Garci Ximenez hincará la rodilla, y poniendo las manos sobre él, descubierta la cabeza, dice:

Garc. Sí juro,
Aragoneses. *se levanta.*

Otho. La invicta
espada con que debeis
armaros es esta.

Le ofrece la espada, y Garci Ximenez se la ciñe.

Rec. Dichas,
aun me parece que sueño. *ap.*

Otho. ¿Sabeis todas las precisas
obligaciones de un buen
Caballero?

Carc. Sí.

Otho. Ceñidla,
pues.

Garc Sí haré, y juro que desde hoy
será esta noble cuchilla
rayo del Cielo en defensa
de la honra y gloria ofendida
de Dios.

Bast. Aquesta, Señor,
será la Real divisa
desde hoy.

ofreciéndole la divisa.

Garc. Quédate con ella,
Bastan, que tu valentía
sabrá guardarla.

Bast. A lo menos
os juro perder la vida
primero que á ser despojo
de las enemigas iras
pase.

Guiv. Llegad, que el escudo
es este.

Pone el escudo en el suelo.

Rec. Ya mi alegria *ap.*
no cabe en el pecho.

Se pone en pie sobre él Garci Ximenez.

Fel. Ahora
vuestro Real poder elija
Ricoshombres que le eleven.

Garc. Felicio, Bastan Garcia,
Otho, Velez de Guivara,
Tellez Aiznar y Subica
sean los primeros seis
que dexen á sus familias
el blason de Ricoshombres,
gozando las primitivas
distinciones y los fueros
que les conceda mi misma
autoridad.

Los seis que ha nombrado agarrando escudo levantarán sobre él á Garci Ximenez.

Los 6. Real, Real,

Real,

Real.

Le vuelven á baxar, y tomando Bastan la bandera la levantará en alto, y batirá tres veces, diciendo:

Rec. ¡Ay, Bastan, qué delicia
me causa el verte ensalzado!

Bast. Rey, Garci Ximenez.

Todos. Viva.

Bast. Rey, Garci Ximenez.

Todos. Reyne.

Bast. Rey Ximenez, diga,
vuestro amor, Aragoneses.

Todos. Triunfe, reyne, venza y viva.

Felic. Ya aclamado estais, Señor:

Parte por la izquierda Subica.

sentaos para que siga
la coronacion y jura.
La situacion abatida
en que estamos, la aspereza
del sitio, y el ansia viva
de tener Rey que nos mande
os previno esta sencilla
peña por Trono: ocupadle,
Señor, mientras llega el dia
en que el heroyco valor
Aragones os le erija
tan rico y tan suntuoso
como vos le merecíais.

Garc. Vasallos, como le adorne
vuestra lealtad conocida,
como la verdad le esmalte
y le ocupe la justicia,
será para mí el mas digno
y apreciable: haced que vivan
lejos de él la ambicion fiera,
la adulacion y la envidia
siempre, y vereis que en el Trono
rústico que aquí se mira,
la misma virtud preside
para llenaros de dichas.

Todos. Así será.

Garc. Pues ya en él
me siento gustoso. *se sienta.*

Tell. Ciña *coge la corona y se la ofrece.*
ahora vuestras Reales sienes
esta diadema sencilla,
que en vez de ricos metales
y preciosas pedrerias
componen verdes laureles
y esmaltan murtas floridas.

Garc. Pues he de ser vencedor
para ser Rey, y esta misma
ha servido en todos tiempos,
segun la historia acredita,
para honrar al vencedor
esta mas que otra os estima
mi valor; y pues en nombre
de Dios á triunfar camina,
y aun antes de pelear
ha triunfado mi fé viva,
como Rey y vencedor
es justo que me la ciña. *se la pone.*

Bast. Ahora, gran Señor, en muestra
de la obediencia rendida
que os juramos, vuestra mano
nos dad á besar.

Garc. Bien.

Todos. Viva
Garci Ximenez.

Al ir todos á besarle la mano sale por la izquierda Subica.

Sub. Señor.

Garc. ¿Qué traes?

Bast. ¿De qué te agitas?

Rec. ¿Qué será?

Sub. Desde la cumbre
del monte, donde de espia
entre unas matas estaba,
he visto salir de Ainza
un exército de Moros,
que cubriendo á toda prisa
esa vega dilatada,
hácia nosotros camina
con doble marcha.

Garc. Pues hijos,
de aquesas cuevas vecinas
sacad con gran diligencia
las armas y las reliquias
que hubiereis, dexando en ellas
ropa, alhajas y Divinas
Imagenes: cubrid luego
sus bocas con bien texidas
ramas y peñas, y aquí
os volved. Bastan Garcia,

Parten por la derecha Guivara, Tellez, Subica y Aragoneses.

Otho

Otho y Felicio entre tanto
recogerán en la Ermita
todo quanto para el culto
sagrado de Dios servia,
y con el mayor respeto,
colocándolo en la misma
caxa que á este fin se hizo,
lo traerán á mi vista.

Los 3. Ya obedecemos.

Garc. Ve tú *(los 4. parten*
á ayudarles, Recesvinda.
Y vos, Señor, que estais viendo
quanto es á las fuerzas mias
superior esta gloriosa
empresa á que ahora aspira
mi brazo, fortalecedle;
débil es, mas si le anima
vuestro poder, será brazo
vengador, á cuyas iras
caigan asoladas todas
esas bárbaras mezquitas.
Dexad, Señor, que renazca
por mí la ahogada semilla
de la fé: vuelva la Iglesia
á levantar este dia
el estandarte sagrado
que hasta hoy pisó la osadia
del Moro: resuene en toda
esta dichosa Provincia
vuestro nombre, y los infieles
conozcan en su ruina
vuestro poder quando vean
que las míseras reliquias
de la christiandad, fiadas
en el Dios que las auxîlia,
no solamente no temen
la muchedumbre enemiga,
sino que la doma, vence,
desbarata y extermina.
Y tú, Madre inmaculada
del Pilar, que en repetidas
ocasiones demostraste
con extrañas maravillas
que eres nuestra protectora,
pues en tu poder confian
tus nobles Aragoneses,
no dexes hoy desmentida
la viva fé con que todos
en tus banderas se alistan,
para que reconocidos
te aclamen con alegria
nuestras voces, publicando
con gloria tuya é ignominia
del Moro, que fuiste escudo
divino de nuestras vidas.

Vuelven á salir todos los Aragoneses con venablos, espadas, rodelas, arcos y mazas, y con ellos Bastan, Recesvinda, Otho, Felicio con una arca al hombro.

Bast. Ya, Señor, hicimos todos
lo que mandasteis, y á vista
de nuestra cueva se halla
el Moro.

Garc. En vano sus iras
piensan saciarse en nosotros,
quando los Cielos me inspiran
el medio mas oportuno
y facil de confundirlas.
Tú, Bastan, mientras nosotros
por esta oculta salida
burlamos su crueldad,
y encaminamos á Ainza
nuestros pasos con secreto,
procurarás con malicia
divertirle, y demostrando
que desprecias sus altivas
amenazas cerrarás
la gruta, y por esta misma
parte saldras á alcanzarnos.

Bast. Está bien, nada replica
mi obediencia.

Vase por la izquierda.

Garc. Vamos, hijos,
seguidme, pues llegó el dia
deseado de morir
ó vencer.

Todos. Sacra Maria,
tú nos ampara.

van entrando por la izquierda.

Garc. Sí, amigos,
si la llevais esculpida
en vuestras almas será
nuestro norte y nuestra guia,
pues si por ella lidiamos,
¿quién duda que nos asista? *vanse.*

Des-

Descúbrese el monte con la cueva, y al pie del monte Abdemelich, Ajub y Moros, y sale Bastan.

Abd. Ah de la cueva.

Bast. ¿Quién llama?

Abd. Quien de nuevo se lastima
de vosotros, y á ofreceros
viene (porque no se diga
que soy cruel) la cadena
antes que el cuchillo: elija
vuestra desesperacion
lo que quiera, y sea aprisa:
ó baxar á ser esclavos,
ó entregar á las cuchillas
nuestras los cuellos.

Bast. Ya, Moro,
la respuesta que debia
dí á tu arrogancia: si quieres
que mi voz te la repita,
oye: el christiano valor,
que entre estas peñas habita,
prefiere una heroica muerte
á una servidumbre indigna.
Y así puedes quando quieras
animar esas altivas
tropas, y dar el asalto,
que quando esta cueva rindas,
verás que es nuestra entereza
mas grande que tú imaginas.

Abd. Mira que no doy mas treguas
á mi furor, y en cenizas
he de convertir el monte.

Bast. ¿Qué aguardas, pues? sube aprisa,
mas porque veas quan poco
nos asustan hoy tus iras,
á Dios, que ni aun defendernos
queremos.

Levanta el puente, y entra en la cueva.

Ajub. ¡Que su osadía
sufrieses tanto!

Abd. Yo mismo
me afrento, sí, por mi vida,
de acordarlo; hijos, al monte:
las tablas que prevenidas
traxisteis, subid, y á fuerza
de armas, la cueva que habitan

Suben los Moros con Ajub, y forman un puente de tablas, y pasan al otro lado.

tomemos, porque al furor
de nuestras corvas cuchillas
lloren esos miserables
su escarmiento y su ruina.

Ajub, y Moros forcejean para baxar el puente.

Ajub. No desalenteis, amigos,
pues aunque mas se resista
á nuestro valor, será
triunfo de las fuerzas mias.

Abd. Pese á la debilidad
de vuestros brazos. *subiendo al monte.*

Ajub. Si aspiras
á hacer este triunfo tuyo,
detente, que ya caida
la peña, franquea el paso *cae el puente.*
de la cueva á nuestras iras.

Abd. ¿Pues qué esperais? registrad
sus senos, y ni una vida
perdoneis: perezcan todos,
pues todos mi rabia excitan.

Entran Ajub, y Moros en la cueva.

Y vosotros prevenidos
estad, por si con malicia
se escondieron con la idea
de burlar nuestra ojeriza
huyendo, luego que vean
las tropas embebecidas
en buscarlos por la cueva.

Vuelve á salir Ajub, y los que entraron con él.

Ajub. ¡Qué rabias!

Abd. ¿Por qué te irritas,
Ajub?

Ajub. En toda la cueva
ningun Christiano se mira.

Abd. ¿Qué dices? ¿has penetrado
sus senos?

Ajub. Sí.

Abd. O tú deliras,
ó el temor no te ha dexado
verles.

Ajub. Por Alá, que:::

Abd. Quita,
y en tanto que unos conmigo
toda la cueva exâminan,

tú con los demas inquiere
las entrañas escondidas
del monte; pues claro está
que si aquí no están tendria
comunicacion con otras
esta cueva, y pasarian
á ellas para librarse
de nosotros.

Ajub. No replica
mi valor, venid.

Abd. Ah, viles;
vanas son vuestras indignas
cautelas: sereis objetos
de mi rabia vengativa.

Entra en la cueva con algunos Moros, y Ajub con los demas se oculta por la cumbre del monte.

Plaza de Ainza; y salen por la derecha algunos Moros huyendo de Otho y Bastan Garcia, y se ocultarán por la segunda embocadura de la izquierda; salen otros por la primera seguidos de Garci Ximenez, Felicio, Guivara y Aragoneses, y se ocultan por otra embocadura de la derecha.

Bast. En vano pensais huir,
quando por nuestra se mira
la Ciudad. *se entran.*

Garc. Hijos, á nadie
que á vuestro valor se rinda
negueis la vida. *se entran.*

Sale por la izquierda Zulema acuchillada de Subica y dos Aragoneses, y tras ellos Recesvinda.

Sub. A rendirte
solo mi valor aspira,
Mora, que el matarte fuera
mengua de mi valentia.

Zul. Mas facil es que me mates,
Christiano, que el que me rindas.

Rec. Tened: ¿qué es esto, villanos,
así tratan vuestras iras,
á una infelice muger?

Sub. Señora:::

Rec. Partid aprisa;
que para tan poco triunfo
basta con media cuchilla.

Sub. Mirad que es rayo su espada.

Rec. ¿Sabes tú lo que es la mia?
pues si saberlo no quieres
parte.

Sub. Quedaré á la vista
para salir á ampararla
quando vea que peligra. *vase con ellos.*

Rec. Mora, si ves que los pocos
que defenderte podian
huyen del furor christiano,
para no morir si miras
que somos de Ainza dueños
absolutos, ¿qué maquinas?
¿por qué no te rindes?

Zul. Poco
conoces tú quán altiva,
quán arrogante y soberbia
es el alma que me anima,
pues tal preguntas. Si el trage
que aquí mi sexô publica
te hizo creerme cobarde,
que soy sabe la temida
Palas Africana, aquella
que siguiendo desde niña
con Abdemelich mi hermano
la belicosa doctrina
de Marte, fue admiracion
de las huestes enemigas.
Mira ahora si quien tiene
en su corazon unida
la vanidad de muger
al valor de una heroina,
se rendirá á otra muger
sin perder antes la vida.

Rec. ¿Con que no quieres rendirte
por voluntad?

Zul. No.

Rec. Pues mira,
creo que lo harás por fuerza,
porque si tú eres altiva
como muger, yo tambien,
y aunque no soy conocida
por la Palas Africana,
soy criada, y aun nacida,
en las entrañas de un monte,
y como sus peñas mismas
tengo el corazon. Batalla.

Zul. Si haré, y pues la suerte impía
no me dexa otro recurso,

mo-

moriré matando. *riñen.*

Rec. Altiva
es la Mora.

A la derecha Sub. Estoy absorto
de ver con que valor lidian.

Rec. Pues se va cansando el brazo,
con una traza exquisita *(reñir.*
pienso descansar. Espera, *dexan de*
Mora, porque no querria
que vinieran á estorbarnos.

Hace que reconoce la escena.

Zul. Christiana, á nadie se mira
por aquí.

Rec. Ni por aquí.

Zul. ¿Qué aguardas, pues?

Rec. Nada: lidia,
que ya he descansado un poco. *ap.*

Vuelven á lidiar, y sale por la izquierda Bastan.

Bast. Amor, si peligraria
mi bien, pues en parte alguna
la encuentro::: ¿pero qué miran
mis ojos?

Rec. Pese á tí, y cómo
me haces sudar.

Concluye á Zulema, la pone la espada al pecho, y salen por la izquierda Bastan, y por la derecha Subica.

Bast. Recesvinda,
tente.

Sub. Señora.

Rec. ¿Dí, Mora,
confiesas que estás rendida?

Zul. No puedo negarlo.

Rec. Pues
ahí te queda esa cautiva,
Bastan: como no la quieras,
ya es tuya, si antes fue mia. *vase.*

Bast. Levanta, gallarda Mora,
cobra tu fuerte cuchilla,

La dá la espada, y ella la embayna.

y respira, que no son
tan poco atentas las iras
christianas que no se duelan
de tan hermosas desdichas.

Zul. En vano, gallardo joven,
piensas con cortesanias
mitigar hoy mi dolor.

Bast. Subica, corre, exâmina
si alguien viene.

Sub. Voy. *vase por la izq.*

Bast. Si acaso
tu corazon martiriza
el temor de ser esclava,
bella Africana, respira,
que la afrentosa cadena
de la servidumbre indigna
no la labró la fortuna
para tí.

Zul. ¿Qué escucho, dichas?

Bast. Son ademas de muy bellas
tus manos sobrado finas
para que los duros hierros
ni las maltraten ni opriman.
Libre estás, pues aunque luego
la lealtad me lo riña,
á qualquier muger se debe
esta atencion de justicia.

Zul. Oh quánto de este Christiano
me ha prendado la hidalguia.

Sale Sub. Bastan, hácia aquí se acercan
los nuestros.

Bast. Pues de tí fia
mi pundonor un cuidado.

Sub. Con toda prisa,
y sin que nadie lo note,
si pudiere ser, de Ainza
saca á esta Mora. Y perdona
tú, hermosa y noble heroina,
que hasta dexarte segura
no sea yo quien te asista.

Zul. Mas con esta libertad
que ahora me das me cautiavas.

Bast. Vete en paz.

Zul. Alá te guarde,
y cree:::

Bast. ¿Qué?

Zul. Que esculpida
llevo, Christiano, en el alma
esta heroica bizarria.

Vase por el interior de la derecha con Subica.

Bast. Gallarda es la Mora, pero
es mas bella Recesvinda.

Salen por todos los bastidores de derecha é izquierda los Moros, seguidos

dos de Garci Ximenez, Otho, Recesvinda, Guivara, Felicia, y Aragoneses. Los Moros se rinden, quedando en varias posturas unos y otros.

Otho. Morid, perros.
Moros. Piedad.
Garc. Hijos,
tened, no mancheis las dignas
cuchillas, pues se acogieron
á nuestras piedades. Vivan,
pero arrastren la cadena
de la esclavitud.
Rec. Garcia,
¿qué es de la Mora? *(al oido.*
Bast. Despues
lo sabrás.

Los Aragoneses quitan la espada á los Moros, se levantan, y conducidos por Otho se postran á Garci Ximenez.

Fel. A las invictas
plantas del mayor Caudillo
que las historias publican,
llegad.
Garc. Levantad, ¡oh quánto
su situacion me lastima!
Dent. voc. Viva el defensor heroico
de la fe.
Dent. Tell. Seguidme.
Voces. Viva
nuestro gran libertador.
Garc. ¿Qué es esto?
Sale Tell. Yo la noticia
os daré, Señor: apenas
apoderados de Ainza
nosotros en busca entramos
de los que la guarnecian,
sorprendidos y aterrados
todos con tan improvisa
novedad, solo pensaron
en asegurar sus vidas
huyendo. Yo, pues, siguiendo
á una pequeña quadrilla
de Moros, que en ella acaso
esconderse pensarian,
entré en una obscura y triste
mazmorra, donde gemian
mas de doscientos Christianos:
no bien por sus voces mismas
lo supe, quando tan lleno
de gozo como de ira,
rompí con mis mismas manos
las cadenas que oprimian
las suyas: conmigo salen
de aquella mansion impía
y horrorosa, é informados
por mí de que á vuestros brazos
sus libertades debian,
buscandoos vienen, diciendo
agradecidos que:::
Voces. Viva
nuestro gran libertador.

Salen algunos cautivos Christianos, y se echan á los pies de Garci Ximenez besándoselos.

Escl. Aquí está, seguidme aprisa,
y una y mil veces besando
sus pies, su nombre bendigan
nuestras voces. Y tú, heroico
Caudillo, pues te destinan
los Cielos para que sea
tu victoriosa cuchilla
la que lime el duro hierro
de la esclavitud indigna
que llora la Christiandad,
no desmayes. Sigue aprisa
las admirables ideas
que tu corazon te inspira:
Dios es contigo Caudillo
glorioso, en su nombre lidia
si quieres vencer; emprende,
asola, tala, conquista,
y arroja de nuestras casas
esa peste de las vidas
y las almas nuestras, esa
infernal, monstruosa hidra
del Africa, porque el mundo
en elogio tuyo diga
que fuiste el restaurador
de la patria en este dia,
el defensor de la fé,
el brazo de la justicia,
la columna de la Iglesia,
el muro de nuestras vidas,
el asombro de los siglos
y azote de la morisma.
Garc. Alzad, hijos, y pues es

so-

sola la mano Divina
la que os saca del penoso
cautiverio; bendecidla
sin cesar: pedidla humildes
que invencible nos asista
su brazo, para que el nuestro
dome la cerviz altiva
de Mahoma, y de una vez *sale Sub.*
muera su Secta maldita.
Tú y Otho ireis al instante, *á Fel.*
con la tropa mas precisa,
á reconocer las casas,
las torres y las mezquitas,
por si en ellas se ocultaron
algunos Moros: García
se encargará de poner
en las murallas de Ainza
la guardia que necesite;
y despues, con la precisa
gente, saldrá á exâminar
si por fuera necesitan
de algun reparo, entre tanto
que las tropas enemigas
se divierten en Panou:
Tellez Aiznar y Subica
vendrán conmigo á Palacio.

Otho, Bast. y Fel. Está bien; nada re-
nuestra obediencia. (plica

Garc. Y Guivara
cuidará que á toda prisa
queden los Moros esclavos
con las prisiones debidas.

Guiv. Así se hará.

Garc. Vaya, hijos,
no os detengais: ven, sobrina.
Gran Dios, pues tú has empezado
la obra, tú la finaliza.

Velez Guivara con una escolta partirá con los Moros por un bastidor de la izquierda, Felicio con algunos Aragoneses por otro, Otho con parte de los esclavos Christianos y Aragoneses por el primero de la derecha, por el segundo Bastan con el resto, y por el centro de la izquierda Garci Ximenez, Tellez, Subica y Recesvinda, y los demas esclavos: levántase el telon, y se descubre la Villa de Ainza con muralla, ocupando el frente de derecha á izquierda, y á un extremo un rastrillo: salen por la derecha Abdemelich, Ajub y Moros, quedando formados en una linea.

Abd. ¡Que así sus astucias viles
burláran hoy nuestras iras!
Pero por Mahoma Santo
que he de saciar mi ojeriza
con su sangre: Ajub, dispon
que estén de noche y de dia
espiando sus intentos
varias tropas escondidas
por todo el monte. Yo ofrezco,
al que antes me dé noticia
segura del paradero
de esos viles, la mas rica
joya que haya en mi tesoro,
á mas de la gracia mia,
y del poderoso Hiscen,
nuestro supremo Califa.

Ajub. Pues á mi cargo lo dexas,
aun antes que acabe el dia,
no solo ofrezco traerte
esa nueva que codicias,
sino sus mismas cabezas.

Abd. ¡Ay Ajub, qual regocijas
mi alma con esa oferta!
¡y qué venturoso dia
para mi rencor, si tú
llegarás hoy á cumplirla!
No hallaria recompensa
que me pareciera digna
de tan gran servicio.

Ajub. Yo,
una tan solo querria
que me otorgaras.

Abd. ¿Quál es?

Ajub. La mano de la divina
Zulema.

Abd. Tuya es en la hora
que me traigas las altivas
cabezas de esos Christianos.

Ajub. Pues para abreviar mi dicha,
ni aun entrar quiero en la Plaza
á descansar.

Abd. Ajub, mira;
para que escapar no puedan

con otra astucia maligna
de tus manos, lo seguro
es cercar á toda prisa
el monte con un cordon
de tropa: luego, esparcidas
entre la misma maleza,
poner algunas espias
que observen de donde salen;
pues claro está que en el dia
que el alimento les falte,
de sus cuevas escondidas
han de salir á buscarlo
los de mayor osadia;
y entonces prendeis los unos,
sorprendeis luego en su misma
cueva los demas, y todos,
si pudiere ser, con vida
los traeis á la Ciudad,
para que mi vengativa
sed se sacie en todos ellos.
¿Lo entiendes?

Ajub. Sí.

Abd. Parte aprisa,
pues; de todas esas tropas
tan solo las mas precisas
para relevar las guardias
dexa conmigo en Ainza.

Ajub. Venid, pues.

Abd. Repara bien
quan impacientes mis iras
quedan: cuenta, y hasta tanto
que no me traigas cumplida
tu promesa te aconsejo
que no vuelvas á mi vista.

Ajub. Amor, en esta victoria
pende tu muerte ó tu vida.

Parte, llevando consigo la mayor parte de los Moros.

Abd. Veremos si es que su astucia
hoy de mi poder los libra.
¡Qué júbilo sentirá
mi corazon, qué alegria,
quando entre duras cadenas
se presenten á mi vista!
¡Y qué tormentos tan nuevos
me ha de sugerir mi fina
imaginacion entonces
contra sus infames vidas!
Pero entrar quiero en la Plaza,
y ver de las infinitas
mazmorras que hay qual es mas
obscura, penosa y fria
de todas, para que en ella
padezcan, sufran y giman
mientras se hacen los tormentos
que hayan de acabar sus vidas.
Ha del muro; ¿no hay quien suba
este rastrillo? ¡Qué ira!
Ah Centinela.

Salen á la Muralla Garci Ximenez, Otho, Tellez, Guivara y un Centinela.

Garc. ¿Quién llama?

Levanta Abdemelich la cabeza, y al verlos se sorprende.

Abd. ¡Santo Alá, qué es lo que mira
mi rabia! pues cómo:::

Tell. Absorto
se ha quedado. *ap.*

Abd. Estatua fria
de marmol soy. *ap.*

Garc. ¿Qué quereis, Moros?

Abd. Oh! quién con la vista
pudiera abrasar la Plaza! *ap.*

Garc. Si vuestras fuertes cuchillas,
cansadas de pelear
con las míseras reliquias
de la Christiandad, que en ese
cercano monte vivian,
quieren entrar á tomar
algun refresco en Ainza,
decidlo, y se os abrirán
las puertas.

Abd. Fuego respira
mi corazon. Ah, ¡qué bien
vuestra infame cobardía
acreditasteis, traidores;
pues temiendo nuestras iras
buscasteis un pobre triunfo
por medio de una ignominia!
No con infames ardides,
no con cautelas indignas
lidieis: si sois tan valientes
como vuestra voz publica,
salid al campo, y allí
veremos si lo acreditan
vuestras armas.

Garc. Moro, si hoy
para tomar esta Villa
nos valimos del ardid,
no ha sido por cobardia,
sino por necesidad;
pues viendo yo que traias
contigo seis mil guerreros
esforzados, ¿no seria
temeridad aguardaros
con quatrocientos? Si aspiras
á probar nuestro valor,
con igual número lidia,
y entonces verás si vence
la astucia ó la valentía.

Abd. ¡Oh, si lograra vengarme *ap.*
con un ardid que me inspira
mi rabia! Para que veas
que esas disculpas son hijas
de vuestro temor, en tanto
que mis huestes divididas
junto, y con ellas asalto
á sangre y fuego esta Villa,
soberbio Christiano, elige
entre tus fuertes cuchillas
(pues claro es que tú por viejo
te excusarás este dia)
quien cuerpo á cuerpo conmigo
quiera reñir. Si por dicha, *ap.*
picado de mi desprecio,
sale, hallará su ruina
en la traicion que he pensado.

Tell. Para postrar esa altiva
arrogancia, Moro, creo
que el aliento que me anima
(con ser el menor de todos
quantos en el muro miras)
bastará; y así prevente,
que ya baxa mi osadía
á buscarte.

Garc. Tente, Tellez.

Guiv. Yo saldré, porque en mis iras::

Garc. Espera, Guivara. Moro,
aunque sé que bastaria
qualesquiera de los dos,
para hacer que desmentida
quedara aquí tu arrogancia,
mi experiencia desconfia
de vuestra fé, y exponer
no quiero una dulce vida
de los mios á que sea
víctima de alguna indigna
cautela de tantas como
executais cada dia.

Abd. Ese es temor.

Garc. Quando al campo
salga nuestra valentía
á buscarte, lograrás
lo que ahora solicitas.

Abd. ¡Que frustrara mi intencion! *ap.*
No saldrás tú tan aprisa
como quisiera. Zelin, *á un Moro.*
vete pronto, á Ajub avisa,
para que sin detenerse
marche con las tropas mias
á Benavarri: Christianos, *vase.*
Alá os guarde de la ira
que llevo; pues si no, tristes
de vosotros, quando á Ainza
vuelva con todas las fuerzas
que hay en estas cercanias.

Dent. Bast. Pues se descubre del Moro
el exército, á la Villa,
Soldados.

Abd. ¿Qué oigo?

Saca el alfange, y lo mismo los Moros: sale por la derecha corriendo Bastan y quatro Aragoneses.

Bast. El rastrillo,
Centinela. *mirando al muro.*

Garc. Huye, Garcia.

Los Moros sorprenden á Bastan y los suyos, y les quitan las espadas.

Abd. Christiano, como te muevas,
doy aquí fin de tu vida.

Bast. ¡Ay triste!

Garc. Salgan algunos
á socorrerles: Subica,
Tellez, Guivara, corred
en su amparo. *baxan del muro.*

Abd. Y sea aprisa,
Christianos, porque si no,
ya que me traxo la dicha
estos objetos en quienes
satisfacer mi ojeriza,
no habeis de llegar á tiempo
de traer ni aun sus cenizas.

AC-

ACTO TERCERO.

Jardin corto. Por la derecha Ajub y Muza recatándose.

Ajub. SOlos estamos, ya puedes
descubrirte, y sin recelo
sacarme de dudas: ¿cómo
sabiendo el encono fiero
que Abdemelich te profesa
viniste hasta aquí?
Muza. Oye atento.
Ya sabes que noticioso
Abdemelich que estos Pueblos,
cansados de su crueldad,
trataban con gran secreto
de desposeerle á él,
y darme á mí este gobierno,
resolvió darme la muerte,
y que yo me libré huyendo
á Sevilla. Ya sabrás
como tu tio indiscreto
se casó con Egilona,
haciéndose jurar luego
por Rey de España, de que
resultó que descontentos
algunos, con osadia
fueron á su propio lecho,
y á él y su esposa dexaron
en su misma sangre envuelto.
Sabido este caso, algunos
que en tí recaiga el gobierno
quieren, y otros que recaiga
en Abdemelich: yo viendo
que si este monstruo consigue
el gobierno, ambos seremos
víctimas de sus rencores
antes que él sepa el suceso,
tomando postas me vine
á informarte de todo ello.
Y pues ya lo hice, prevente,
Ajub, y toma el consejo
de matar á Abdemelich
si deseas el gobierno
de España.
Ajub. Amigo, yo estimo
la fineza que te debo,
y el consejo admito.
Muza. Pues
no este triunfo malogremos
con la tardanza.
Ajub. No haré.
Parte, escóndete al momento
en la fuente de Diana,
que á ella volveré yo presto
á buscarte, porque el modo
de executarlo tratemos. *vase.*
Muza. Está bien. Temor, si logro
que muera ese monstruo horrendo
y que Ajub tome de España
el absoluto gobierno,
aseguraré mi vida,
mi quietud y mis ascensos. *vase.*

Aposento corto con algunas hachas encendidas, y salen por la derecha Ajub y Zulema.

Ajub. ¿Posible es, Zulema hermosa,
que despues de tanto tiempo
que te amo, despues de tantos
y tan sencillos extremos
como hizo por tí mi amor,
no le has de dar, ni aun mintiendo,
una esperanza?
Zul. Si sabes
que es tan altivo mi genio,
tan grande mi presuncion,
mi corazon tan soberbio,
que miro como flaqueza
el amor mas verdadero,
¿cómo quieres que llegaran
mis labios en ningun tiempo
á confesar mi flaqueza,
por mas que dentro del pecho
no cupiera? Ajub, si te amo,
te amaré con tal secreto
que aun á mí misma, sí, á mí,
me lo ocultaré si puedo:
con que asi, ni desconfies
de que yo premie tu afecto,
ni te quejes de que yo
no declaré si le premio,
bastete, Ajub, por ahora,
saber que no te aborrezco.
Y pasando á otra materia,
que me interesa no menos

que

que tu amor, dime, el Christiano
principal, que prisionero
tragisteis, ¿cómo se llama?

Ajub. Bastan.

Zul. ¿Qué he escuchado, Cielos? *ap.*

Ajub. El joven mas alentado,
mas gallardo y mas atento
que he conocido.

Zul. Ya apenas
á disimular acierto *ap.*
mi dolor.

Ajub. ¿De qué has quedado
tan suspensa? ¿creer puedo
que:::

Zul. No pases adelante,
Ajub, porque si á oir llego
que pudo tu vanidad
dar á tu discurso necio
licencia para ultrajar
con el mas leve recelo
mi altivez::: pero discurro,
que quien no sabe de cierto
si es querido, no será
tan loco que pida zelos.
El Christiano que nombraste
es el mismo que hoy atento
ó lastimado, me dió
libertad con claro riesgo
de su fama: si eres noble,
como en tu abono lo creo,
puedes ver la obligacion
en que esta deuda me ha puesto.
Yo he de pagársela, Ajub,
y de tí valerme quiero,
pues si es cierto tu cariño,
á nadie mas que á ti mesmo
debe interesar mi fama.
La llave, segun entiendo,
de la mazmorra en que está
tienes tú, con que yo espero
que le saques de ella, y libre
á Ainza vuelva, atendiendo
á que soy yo quien lo pido,
á que eres tú caballero,
y á que te conviene á tí
mas que á mí misma el hacerlo,
que no puede estarle bien
á un hombre que está queriendo
el ver que su dama tenga
acreedores molestos,
pues si ella es agradecida
está el amante en gran riesgo,
de que por salir de deudas
venda hasta su mismo afecto.

Ajub. Pero no adviertes que:::

Zul. Calla,
que viene mi hermano.

Ajub. ¡Cielos, *ap.*
cómo sin peligro mio
servir á Zulema puedo!

Por la izquierda Abdemelih.

Abd. ¿Has despachado mi orden
á los Alcadis?

Ajub. Y fueron
Zelin, Gomar y Muley
para traer al momento
toda la tropa que hallaren
pronta en los cercanos pueblos.

Abd. Bien, con ella, y los seis mil
soldados que aqui tenemos,
apenas el dia venga
asaltar á Ainza pienso,
antes que fortificarla
puedan con reparos nuevos
esos astutos Christianos;
pero Ajub, si, como espero,
la tomo, ¡qué regocijo
se derramará en mi pecho,
quando yo vea logrado
un heroyco pensamiento
que he tenido!

Ajub. ¿Y es?

Abd. Escucha,
para que alabes mi ingenio.
Mañana al amanecer,
las tropas acamparemos
delante de Ainza, y para
que parezca mas inmenso
su número, dobles caxas
y bocinas llevaremos,
cuyo ruido estrepitoso
con facilidad espero
que lo haga creer á todos
los Christianos, y mas viendo
la multitud de estandartes,
que colocar en el centro

y retaguardia he pensado
de los esquadrones nuestros.
Para infundir mas pavor
en sus ánimos intento
que cada soldado lleve
su alfange en el brazo diestro,
y en el siniestro un hachon
encendido: llamaremos
con seña de paz al muro,
saldrá el Christiano soberbio
con todos á coronarle,
yo afable entonces con ellos,
les diré, que si me entregan
la Plaza, y á mis excelsos
pies baxaren desarmados,
les concederá mi pecho
las vidas y las haciendas
que de sus cuevas traxeron,
y á mas les concederé
ocho dias, porque en ellos
salgan seguros de todo
mi dilatado gobierno;
pero que si no, al instante
asaltaré á sangre y fuego
los muros, sin perdonar
una vida: ellos temiendo
que su poca guarnicion
no pueda por mucho tiempo
resistir nuestros furores,
admitirán muy contentos
mi promesa, y quando baxen
desarmados á ofrecernos
la plaza, nuestros soldados
les cercan, y prisioneros
les hacen, sin arriesgar
una vida: poseemos
con este ardid una Plaza
que ayer nos quitaron ellos
con otro: luego encerramos
en esa torre que tengo
en el valle de Uruel
para solo mi recreo
á los Christianos, y dando
todo su edificio á un fuego
inextinguible, ellos mueren
rabiando, que es lo que quiero,
y nosotros respiramos
sin sustos, y sin recelos.

Ajub. ¿Podrá haber un corazon
mas inhumano? *ap.*

Zul. Horror tengo
de oirle. *ap.*

Abd. ¿Ajub, no te admira
lo combinado, lo nuevo,
y lo fino del ardid?

Ajub. Sí, pero mucho me temo
que no ha de lograrse.

Abd. Pierde
enteramente el recelo,
y oid lo que ha prevenido
mi admirable entendimiento
para asegurar mejor
este glorioso proyecto.
De aquellos potros de bronce,
que en los almacenes nuestros
se guardaron, desde el dia
que Abdalasis, Rey supremo
de España, mandó abolir
toda clase de tormentos,
he mandado que con toda
diligencia cinco de ellos
se pongan en cinco carros,
y en cada uno un brasero
inextinguible, que el potro
de bronce mantenga el tiempo
que se requiera hecho ascua;
mañana en cada uno de ellos
pienso meter un Christiano
de los cinco que tenemos
en nuestro poder, y así
presentarlos en el centro
del exercito á los suyos,
á fin de que los lamentos
espantosos y alaridos
tristes, que dieren muriendo
abrasados, de terror
llenen á sus compañeros,
y les obliguen mas pronto
á rendirsenos, temiendo
igual castigo si tardan
temerarios en hacerlo.
Zulema, Ajub, ¿qué os parece
este noble pensamiento?

Ajub. Bien: por no irritarle mas
contradecirle no quiero *ap.*

Zul. Pero hermano ¿no reparas

que

que esos bárbaros proyectos
te hacen odíoso á los ojos
de todos? No, un cautiverio
prolijo acabe sus vidas
poco á poco, y no los nuevos
tormentos que les preparas.

Abd. He, calla, que apenas creo
que pude haberte escuchado
tan afrentoso consejo
sin irritarme. Pues quando
yo, matando y persiguiendo
á esos viles enemigos
del gran Profeta, me creo
digno del mayor aplauso:
quando yo me lisonjeo
de oir que el mundo me llama
por mi crueldad y denuedo
fiera del Africa, rayo
de Mahoma, azote fiero
de la christiandad, terror
y susto del universo,
¿pretendes que desmerezca
tan gloriosos epitetos
por mi templanza? Zulema,
esa piedad que en tí veo,
hoy la sufri por creerla
hija de tu debil sexô;
pero si hallara mañana
el indicio mas pequeño
de que podia nacer
de alguna aficion á ellos,
por Alá juro que fueras
á acompañar sus lamentos
en otro carro: y así
guárdate que en ningun tiempo
te vea, ni te oiga yo
nombrarlos sin menosprecio,
hablarlos sin altivez,
verlos sin encono fiero,
ni escucharlos sin horror;
pues aquel mismo momento
te trataré con el mismo
rigor, que les trato á ellos. *vase.*

Zul. ¡Quánto á pesar de la sangre
su crueldad aborrèzco! *ap.*
Ajub, ya oiste el designio
de mi hermano, y que es el riesgo
de ese Christiano mayor
por instantes estás viendo,
y asi, pues en defenderle
sabes ya que me intereso,
y me he valido de tí,
procura servirme presto. *vase.*

Ajub. Ay pasion en que apretura
me pones, pues si pretendo
complacer hoy á Zulema,
pongo mi vida en el riesgo
mayor, y si no la sirvo
ya para siempre la pierdo.
No lo quiera Alá, que la amo
con tan ciego y loco extremo,
que solo por complacerla
aventurar hoy resuelvo
mi vida; y pues tanto estrecha
la necesidad, no quiero
malgastar el tiempo. Amor,
tú me inspira un facil medio
con que mi despecho salga
de tan peligroso empeño *vase.*

Mazmorra obscura, con una escalera pequeña y puerta á la derecha arrimada al telon.

Por la izquierda Bastan.

Bast. Ay amada Recesvinda,
de tí tan solo me acuerdo
en medio de mis desgracias:
el contemplar el acerbo
dolor que tu corazon
sentiria en el momento
que supieras mi infortunio,
me hace insoportable el peso
de estas cadenas que arrastro
en mi duro cautiverio.
Ahora quizas estará
su tierna pasion vertiendo
las lágrimas mas amargas
por su Bastan: esto, esto
me es mucho mas doloroso
que el esperar por momentos
la muerte; porque esta al fin
con alegria la espero,
como animoso soldado
de Jesu Christo, sabiendo
que por confesar su Fe,
como católico muero.

Por la puerta de la mazmorra Ajub, con un lio debaxo del brazo, y un sable en la mano.

Ajub. Christiano.

Bast. Aquese es mi nombre;
¿quién me llama?

Ajub. Quien con riesgo
de su vida libertar
la tuya quiere : al momento
con este trage de Moro
dándole el lio y el alfange.
te viste, y procura huyendo
de esta mazmorra salvar
tu persona, pues para ello
dexaré abierta la puerta:
mira que no pierdas tiempo
si quieres vivir; y ya
que hice por tí quanto puedo,
no malogres la piedad
que debes á los Cielos. *vase.*

Bast. Si haré, pero sepa yo
á quien debe este consuelo
mi desgracia: ya sin duda,
temiendo ser descubierto
se fue. ¿Cielos, si la Mora
á quien hoy libré, con pecho
agradecido, me habrá
proporcionado este medio
para librarme? mas sea
quien fuere, ¿en qué me detengo
quando del riesgo me avisa? *se vá*
encubrir mi trage quiero (*vistiendo.*
con este, y ver si burlar
puedo los designios fieros
de Abdemelich.

Zulema á la puerta hablando con Ajub.

Zul. Pues tú hiciste
lo que tocaba á tu afecto
y á tu valor, lo que á mí
toca á cargo mio dexo.
No te apartes de la puerta
tú hasta que salgamos.

Ajub. Quedo,
Zulema hermosa, con ese
cuidado, pero te ruego *baxa Zul.*
que no os detengais.

Bast. Pisadas,
si no me engaño, á oir vuelvo.

Zul. Bastan.

Bast. Otra voz es esta: *ap.*
¿quién me nombra?

Zul. Quien sabiendo
tu peligro, á redimirle
viene por pagar con eso
una deuda.

Bast. ¿Eres Zulema?

Zul. Sí.

Bast. Claro es que de otro pecho
menos noble no podia
esperar mi desconsuelo
este alivio.

Zul. Aunque quisiera
de mil cuidados que tengo
salir, hablando de espacio
contigo, tu grave riesgo
no me lo permite: dime,
¿te has vestido el trage nuevo
que te han traido?

Bast. Tan solo
falta el alquicer.

Zul. Pues presto,
póntele, y vente conmigo,
que hasta dexarte sin riesgo
he de acompañarte yo,
porque veas que te vuelvo
con ventajas la fineza.

A la puerta Ajub. Zulema.

Zul. ¡Ay triste! ¿qué es eso,
Ajub?

Ajub. Tu hermano se acerca
con diligencia á este puesto.
Ocúltate tú, y oculta
ese vestido al momento,
pues otro arbitrio no queda. *vase.*

Zul. Santo Alá.

Bast. ¿Qué es lo que haremos,
Señora, quando vestido
el trage Moro me encuentro,
y es imposible que tenga
para desnudarme tiempo?

Zul. Vente conmigo, y aquí
escondidos pensaremos
mientras llega el mejor modo
de salir de tanto riesgo.
Mucho temo su rigor *ap.*
si me halla aquí.

Bast.

Bast. Justos Cielos,
pues me enseñais el alivio,
no me le quiteis tan presto.

Se ocultan á la derecha junto á la escalera, y baxan por ella Abdemelich, Ajub, y Moros con hachas.

Abd. Antes que muera abrasado
este Christiano soberbio
con el tormento exquisito
que te dixe, ver deseo
si ofreciéndole la vida
(bien que cumplirlo no espero)
puedo hacer que me descubra
si sabe que en otros senos
queden ocultos algunos
Christianos á mas de aquellos
que nos tomaron á Ainza.
Llámale.

Ajub. Ni á hablar acierto. *ap.*
Christiano. Dónde Zulema
se habrá ocultado.

Abd. Durmiendo
estará, parte á llamarle.

Ajub. Mucho de Zulema temo
el peligro.

Entra por la izquierda, y con él un Moro con hacha.

Bast. Si no fuera
este monstruo hermano vuestro
ya habia encontrado modo
de salir de aqueste riesgo.

Zul. ¿De qué manera?

Bast. Matando.

Zul. Mejor es el que mi ingenio
me inspira á mí; y pues está
de espaldas, ponerle quiero
por obra: espérame aquí.

A pasos lentos camina hácia la escalera, y sube por ella como temerosa.

Abd. Si descubro lo que quiero,
vendrán tambien á gozar
del banquete que dar pienso
á los de Ainza.

Vuelve á salir Ajub con el Moro.

Ajub. Por mas
que le he buscado, no encuentro
al Christiano.

Abd. ¿Qué pronuncias,
Ajub? pues aqueste seno
no tiene como la cueva
de Uruel, si bien me acuerdo,
dos salidas: á tu cargo
está la que hay, con que espero
que si él falta ocupes tú
el potro que mi denuedo
destinó para él.

Ajub. ¡Qué escucho!
venid y le buscaremos
por aquí. Antes soy yo. *ap.*

Se encaminan hácia la derecha.

Bast. Infeliz de mí.

Abd. Teneos,
que registrar la mazmorra
por mis mismos ojos quiero:
venid.

Hace que parte con los Moros por la izquierda, y se suspende.

Zul. Mientras él le busca,
salir nosotros podremos.

Abd. Pero porque Ajub no pueda
escaparse de aquí, temiendo
lo que dixe::: *camina hácia la escalera.*

Ajub. ¿Dónde vas?

Zul. Aquí viene, Alá supremo.

Abd. A cerrar aquella puerta,
y guardar despues yo mesmo
la llave, porque el Christiano
no pueda huir si está dentro.

Zul. ¿Qué oigo? ya es fuerza poner
por obra mi pensamiento. *baxa.*
Hermano.

Abd. ¿Qué traes, Zulema?

Zul. Aquel Christiano soberbio
que estaba en esta mazmorra
huyó no sé con qué medio,
y como rayo de Marte
va matando y destruyendo
quanto encuentra.

Abd. ¡Un hombre solo
tener tanto atrevimiento!
seguidme, amigos, que pues
irritó mas mi despecho
con esta accion, mas atroz
castigo darle resuelvo.

Zul. Vete tú, que yo despues
burlaré tu pensamiento.

Abd. Venid: tú, Ajub, quedarás
esperando el dulce premio
que tu traicion ó descuido
merecen en este puesto.
Ajub. ¿Qué oigo? advierte:::
Abd. Por Alá,
que si al Christiano no encuentro,
en el potro que á él tocaba
morirás para escarmiento.
¿Qué esperas tú, sal, que yo *á Zul.*
ser Alcayde suyo quiero,
porque otro traidor no burle
mi venganza, como él lo ha hecho.
Zul. Ay de mí, que por librar
á uno á los dos he muerto.
Parten, cerrando Abdemelich la puerta.
Ajub. Amor, por tí solamente
en tal peligro me veo.
Christiano.
Sale Bast. Quien es quien llama.
Ajub. Quien llevado de un precepto
de Zulema hoy aspiró
á librarte, y en el riesgo
mismo que tú por servirla
se halla.
Bast. Pues burló ese fiero
Abdemelich la cautela
con que el soberano ingenio
de Zulema pretendió
librarnos, ¿qué es lo que haremos?
Ajub. No sé, porque habiéndose
llevado su hermano mesmo
la llave de la mazmorra,
no encuentro ya mas remedio
que morir.
Bast. Pues si ya no hay otro,
y por fortuna nos vemos
con armas, díme, ¿es muy fuerte
aquesa puerta?
Ajub. ¿A qué efecto
lo preguntas?
Bast. Al de ver
si violentarla podemos
ahora que Abdemelich
buscándonos por el pueblo
irá con los suyos.
Ajub. Es
en vano tu pensamiento,
pues aunque guardia no tiene,
es muy fuerte, y si los Cielos
no le envian, el morir
es el único remedio
que nos queda. *abren la puerta.*
Bast. Aguarda, que
rumor en la puerta siento.
Ajub. Será Abdemelich que vuelve
á vengar en nuestro aliento
el engaño de su hermana.
Abren la puerta, y sale Zulema.
Zul. Ajub.
Ajub. ¿Es Zulema?
Zul. Presto,
¿qué es de Bastan?
Ajub. Aquí está.
Zul. Pues salid los dos corriendo,
¿qué aguardais?
Bast. ¡Qué oigo!
Zul. Venid.
Ajub. Apenas mi dicha creo.
Bast. Señor, mi vida defiende
de las iras de un perverso.
Ajub agarra de la mano á Bastan, suben la escalera, y parten cerrando la puerta. Jardin corto, y sale por la izquierda Muza.
Muza. O mi temor me lo finge,
ó unos Moros á este puesto
vienen con luces: si aquí
un punto mas me detengo
y ellos llegan, puedo ser
facilmente descubierto;
mejor entre aquestas murtas
entretexidas me puedo
ocultar hasta que Ajub
vuelva á buscarme.
Se oculta en la derecha, y salen por la izquierda Bastan y Zulema.
Zul. Ven presto,
Christiano, y pues tras nosotros
que vienen con luces vemos
mi hermano y los suyos, llega,
y de una fuente que creo
que ha de haber aquí te oculto
mientras veo yo si puedo
con otro ardid desviarlos
de este sitio, y volver luego

por

por tí ya que Ajub siguió
otra senda, á lo que veo,
con la obscuridad.

Zulema vuelve á partir por la izquierda.

Bast. Todo es
sobresaltos.

Dent. Abd. Registremos
el jardin, que en él se oculta
sin duda.

Bast. En mas claro riesgo
está mi vida si no
logra Zulema su intento.

Se oculta en la izquierda, y sale Ajub con otro Moro.

Ajub. Pues ya sabes mi peligro,
Solimán, sal al encuentro
á Abdemelich, y ocultando
que llegaste á saberlo
por mí, le dirás que en trage
de Moro se halla aquí dentro
el Christiano, que le busque,
pues si le halla, como creo,
mitigará su furor
y á mí me dará mas tiempo
para huir creyéndome
en la mazmorra. Id corriendo,
que yo, pues por otro lado *vase el*
se van, librarme resuelvo, (*Moro.*
y librar á Muza. Aquí

Camina hácia donde está Bastan.

me esperará: amigo, presto
sigue mis pasos, que pues
aun no sabrán mi suceso
las guardias, es imposible
que lleguen á detenernos
viéndome á mí.

Bast. Pues Ajub
es, sin duda tuvo encuentro
con Zulema, y le diria
que yo estaba en este puesto.

Ajub. No hables, y encúbrete, pues
si por tu voz ó tu aspecto
te conocen, malogramos
el lance.

Se van por un bastidor de la derecha, y sale por otro Muza.

Muza. Si mi deseo
no lo finge, yo he escuchado
la voz de Ajub.

Por la izq. Zul. Ya mi intento
logré, pero en vano si un
instante desaprovecho,
pues á cercar el jardin
por entrambos lados veo
que van. Corre, sigue aprisa
mis pasos.

encuentra con Muza.

Muza. Sagrados Cielos,
esta no es la voz de Ajub.
¿Qué haré? si seguirle quiero,
y me conoce, es preciso
que me descubra, y si intento
quedar aquí:::

Zul. ¿Qué discurres
si ves que á librarte vengo
del riesgo?

Muza. Yo estoy confuso,
pues que habla conmigo es cierto,
y no es Ajub. Encubrirme
y seguir sus pasos quiero.

Se emboza con el alquicer, va á entrar por la derecha con Zulema, y viendo venir á Abdemelich y Moros se suspenden.

Zul. Ay de mí, pues no es posible
librarle ya, por lo menos
aseguraré á mi hermano
por si importa. Deteneos,

Salen Abdemelich, y Moros con hachas encendidas.

que ya el traidor que burlar
intentó tu justo ceño
tienes aquí, porque veas
que el quererte menos fiero
y cruel no era buscarte
injusto y débil. Ya preso
le tienes, dale el castigo
que merecen sus excesos.

Muza. Perdido soy.

Abd. Quanto, hermana,
el presente te agradezco.
Ven aquí, traidor, ¿pensabas
ayudado de un perverso
burlar mi furor? no, infame,
baxo de esta llave preso
Ajub quedó ya por ser

en-

encubridor de tu exceso,
y tú en mi poder te hallas
tambien para ser objeto
como él de mis iras. Muestra,
descubre ese vil aspecto,
y empieza á ver en mis ojos
retratado tu escarmiento.

Abdemelich le descubre, y todos se suspenden.

Zul. Santo Alá, ¿qué miro?
Abd. Rabia,
¿qué asombro es el que estoy viendo?
Zul. Confusa estoy.
Muza. Ya es forzoso
morir.
Abd. Apenas lo creo.
¿Qué es esto, Zulema?
Zul. Yo
tan solo decirte puedo
que creyendo por las señas
ser este el traidor perverso
que buscábamos, al verle
aquí oculto, con pretexto
de libertarle piadosa,
iba á entregártele á tiempo
que llegaste tú. Respira,
corazon, pues no es el riesgo
tan grande como pensé.
Abd. Aunque con gran sentimiento
de mi rencor un engaño
tan inesperado veo,
me consuela en mucha parte
el ver que un traidor encuentro
donde pensaba hallar otro,
sin saber este momento
qual mas deseaba yo,
si el que hallo ó el que pierdo.
Mas pues dable es que no haya
salido aun de este pueblo
el Christiano, divididos
le buscad mientras yo llevo
este pérfido á la obscura
mazmorra misma en que tengo
á Ajub, porque con sus vidas
paguen lo que me ofendieron.
¿Qué esperais? *se van los Moros.*
Zul. ¡Oh, quiera amor *ap.*
que se librarán del riesgo!
Abd. Ven, y advierte como Alá
hoy á mis manos te ha vuelto
para que en tu aleve sangre
se sacie mi encono fiero. *vanse.*
Zul. Volver quiero aquesta llave
maestra con gran secreto
al sitio donde mi hermano
la guarda, ya que los Cielos
para pagar en un dia
dos finezas me la dieron. *vase.*

Levántase el telon, y se descubre todo el frente ocupado por un monte nevado. La escasa luz, y el sol que irá saliendo á su tiempo por su espalda manifestará esta scena representada al amanecer. Se verán caer espesos copos de nieve. Al pie del monte habrá algunos chopos y palmas, y por la cima del monte salen, y baxan tocando castañuelas, zambombas, panderos y sonajas Didimo, Oña, Zagales y Zagalas, y detras de todos Don Aznar.

Can. Did. Por mas que rabien los Moros
no tema la christiandad,
mientras pelee por ella
la Señora del Pilar.
Claro está.
Todos. Claro está.
Did. Ya se ve.
Todos. Ya se ve.
Did. y todos. Que ella sin espada sabe
herir, matar y vencer.
Repr. Did. Oyes, Oña, tienes frio.
Oña. Yo no.
Did. Vaya, yo no entiendo
estas cosas, ó tú no eres
como yo de carne y hueso,
ó qué sé yo, porque yo
por todo el camino vengo
tan aquel::: vaya, si estoy
tiritando; toma, y eso
que traigo lleno de lumbre
desde el silo este brasero, *sace una*
y le doy algunas gueltas, *(bota.*
que si no, vaya me yelo.
Oña. ¿Tú sabes qué es?
Did. Qué, muger.
Oña. Tonto, que eres ya muy viejo.

Did.

Did. Dexa', y aun no ma salio
la muela del juicio.
Oña. ¿Y eso
qué importa? Toma, yo he visto
tantos, tantos que de viejos
no se podian tener,
y sin ella se murieron
al cabo.
Zag. Si diz que á muchos
les sale dempues de muertos.
Did. De ese modo puede ser
que yo sea ya muy viejo:
pero no señor, no puede
ser.
Oña. ¿Por qué, majadero?
Did. Pos si yo no me he casado
ni una vez siquiera, y eso
que rabiando por casarme
estoy desde muchachuelo,
¿cómo he de ser viejo, tonta?
¿puede haber un hombre viejo
sin que antes se haya casado?
Oña. Si señor, toma, mi abuelo
diz que nunca fue casado,
y murió, vaya, de ciento,
y qué se yo que mas años.
Did. De ese modo seré viejo
yo: pero qué, no señor,
vaya no puedo yo serlo
todavia; sobre que
yo ando de prisa y muy tieso,
yo como pan de dos meses
cocido, baylo al pandero,
y bien, me gusta un rato
de retozo, y::: vaya veo
por mí tantísimas cosas
que no pasan á los viejos.
Azn. Vaya, hijos, pues vendreis
cansados, y segun veo
los copos de nieve caen
demasiadamente espesos,
sentémonos mientras pasa
su fuerza debaxo de estos
chopos frondosos.
Oña. Señor,
¿está todavia lejos
la Villa?
Azn. Pasado el bosque
que ves.
Did. ¿No seria bueno,
ya que hemos de descansar,
tomar algun refrigerio?
Azn. Me parece bien.
Did. Pos, chicos,
haced rolde aquí, y saquemos
cada uno lo que traiga.
Aznar se sienta baxo un arbol, y al rededor todos: sacan pan, queso, algun fiambre, y Didimo la bota.
Azn. Sí; pero pues todo esto
está lleno de aduares,
con mucho cuidado estemos,
por si Moros descubrimos.
Oña. Ay, Señor, pos, ¿y qué haremos
si vienen?
Did. ¿Qué? Toma; darles, *van comiendo.*
pues perros son, pan de perros.
Oña. Pobre de mí si sus dientes
me pilláran; sí, lo menos,
am, de un bocado todita
me zampaban allá dentro.
Did. Y apuesta.
Oña. Zape.
Did. Señor, *alargando la bota á Aznar.*
vaya un trago.
Azn. Yo le aprecio.
Did. ¿No quereis?
Azn. No.
Did. Pos yo sí. *bebe.*
Vaya, que no hay un pellejo
que abrigue mas: sobre que
me voy por dentro poniendo
como un horno.
Azn. ¡Oh quanto esta
sinceridad apetezco!
Oña. ¿Y qué no me das á mí?
Did. Toma, si me estás diciendo
que tienes calor.
Oña. Pero hombre,
si, vaya, toda me yelo
de estar á tu lado.
Did. Lindo:
pos tengo yo, segun eso,
gran virtud para contigo.
Oña. A ver si yo me caliento *bebe.*
tambien.

Did. Digo: vaya, ella *quitándola la* piensa que es agua del Ebro. (*bota.*
Oña. Pos si no me ha calentado
todavia.
Did. ¿No? torreznos;
pues segun veo no tienes
bastante con un pellejo.
Por la derecha Bastan y Ajub de moros.
Bast. No dudes que has de encontrar
buena acogida en los nuestros.
Azn. Que vienen Moros, amigos.
Oña y Zagalas. Ay.
Aznar saca la espada, las mugeres con Oña asustadas se retiran, y los Zagales toman las armas.
Did. Pos cerremos con ellos.
Bast. Tened, y calmad el susto,
Christianos, que aunque os habrá he-
creernos Moros el trage, (cho
vuestra misma ley profeso.
Azn. Aunque nos engañe, nada
aventuramos en creerlo
viniendo solos los dos.
Oña. Oyes, ¿si aquestos dos perros
Bastan habla aparte con Aznar.
nos engañarán?
Did. Ahora
lo veré yo. Caballeros,
pues ya todos somos unos,
vaya un trago. *le alarga la bota.*
Bast. Le agradezco.
Did. Mire que es como un cordial
este vino.
Bast. No le bebo.
Did. ¿No? Moros son por la leche
que mamé.
Bast. Pues en efecto
os encaminais á Ainza,
convendrá no detenernos,
por si en busca nuestra salen
de aquese cercano pueblo
los Moros.
Did. ¿No beber vino? *ap.*
ju: que me emplumen si estos
no han besado el zancarron
de Mahoma.
Azn. Pues es menos
la nieve ya, y por la cima
va dexando de nevar, y sale el Sol.
de ese monte los reflejos
del Sol se ven, hijos vamos
á Ainza.
Bast. Ya voy siguiendoos.
Vamos, Ajub.
Ajub. Pues así *ap.*
el acaso lo ha dispuesto,
paciencia.
Did. ¿No beber vino,
y ser Christiano? á su abuelo
con esa. Chicos, nosotros
detras; y si acaso vemos
que engañarnos han querido,
garrotazo y tente perro.
Aznar, Bastan y Ajub parten por la izquierda, y detrás Didimo, Oña, Zagalas y Zagales: Plaza de Ainza, y salen por la derecha Garci Ximenez, Felicio, Tellez y Recesvinda muy triste.
Garc. Felicio, mientras Guivara
y Subica con desvelo
procuran que los esclavos
Moros, con algunos nuestros,
reparen los muros, tú
parte á hacer que esten dispuestos
nuestros soldados; y ya
que reforzar hoy podemos
nuestro esquadron con los muchos
Christianos que prisioneros
en las mazmorras hallamos,
harás repartir entre ellos
las armas de quantos Moros
quedaron esclavos.
Fel. Luego
se hará como habeis mandado. *vase.*
Garc. Tú, Tellez, en el momento,
(pues de otro zelo que el tuyo
fiar esta accion no quiero)
desde esa elevada torre
con cuidado estarás viendo
las acciones de los Moros
de Benavarri, pues temo
que no tarden en venir
á buscarnos.
Tell. Obedezco.
Garc. Y avisa apenas observes

el

el mas leve movimiento
de sus armas.

Tell. Está bien. *vase.*

Garc. Esta tristeza que veo
en mi sobrina me hace
ratificar el concepto
de su pasion á Bastan. *ap.*
Recesvinda.

Rec. ¿Señor?

Garc. Quiero
que me digas de qué nace
la tristeza que hoy advierto
en tu semblante.

Rec. Señor::

Garc. Pues conoces el extremo
que tengo por tí, no quieras
ocultármelo.

Rec. El suceso
de Bastan::

Garc. Muy digno es
de ese sentimiento, pero
creo que en tí le produce
algun motivo secreto,
á mas de la compasion;
no me lo niegues.

Rec. No debo
engañaros: su valor,
su honradez y sus honestos
xtremos me han obligado
á amarle, yo os lo confieso:
desde que vos me llevasteis
á los escondidos senos
de Panou le ví y le amé
tanto, que deciros puedo
que despues de vos en él
cifro todo mi contento
y felicidad.

Garc. No sabes,
Recesvinda, quanto aprecio
esa ingenuidad. Yo alabo
tu eleccion, que es un mancebo
muy digno de tí Bastan,
y desde ahora te ofrezco
que será tu esposo, como
quieran piadosos los Cielos
sacarle de su penosa
esclavitud.

Rec. Ah, no espero
lograr tal bien.

Garc. Su poder
es muy grande, y no debemos
desconfiar.

Guiv. por la der. Señor.

Garc. ¿Qué?

Guiv. De placer á hablar no acierto.
En este momento acaba
de llegar un Caballero
llamado Aznar comboyando
un número no pequeño
de Aragoneses, y he visto
que Bastan viene con ellos.

Garc. ¡Qué dices!

Rec. ¡O Dios!

Garc. ¿Y dónde
están? vamos al momento
á recibirlos.

Guiv. Ya todos
hácia aquí vienen contentos
con Felicio y con Subica.

Rec. Amor, mi dicha no creo.

Van saliendo Didimo, Oña y Zagales cantando y baylando, y detras Aznar, Bastan, Ajub, Felicio y Subica.

Music. Viva el Caudillo glorioso,
cuyo invencible valor
es azote de Mahoma
y la gloria de Aragon.

Did. y Oña. Viva el Rey Garci Ximenez.

Todos. Viva.

Corre Garci Ximenez y abraza á Bastan y Aznar.

Garc. Aznar, Bastan, yo pierdo
el juicio: dadme los brazos
aprisa, estrechadme en ellos.

Bast. Señor.

Azn. Amigo.

Garc. Llegad:
¿posible es que á veros vuelvo?
Contadme, contadme pronto
por qué caminos el Cielo
os ha traido á mi vista.
Bastan, Bastan, ¿pues qué es esto?

Bast. Aquesto es, Señor, valerse
Dios del acaso mas tenuo
para ostentar su poder:

ya os acordareis que preso
fui por el Moro, y que aunque
á socorrerme salieron
algunas tropas fue en vano,
por no haber llegado á tiempo.
Lleváronme á una mazmorra
donde mi rendido esfuerzo
aguardaba por instantes
la muerte, quando los Cielos
envian en mi socorro
una Mora, á quien con pecho
generoso puse ayer
en libertad. En efecto,
trayéndome este disfraz,
y valiéndose para ello
de Ajub, que era quien guardaba
mi persona, sus intentos
logró, pues yo me vi libre
despues de infinitos riesgos
en que mi vida, la suya
y la de Ajub estuvieron,
como con mas extension
sabreis despues. Al momento
salimos de Benavarri,
tomando el camino recto
de Ainza, donde encontramos
con gran alborozo nuestro
á Don Aznar y su gente
que aquí venian: y puesto
que ya con veros respiro
sin zozobra, ya que aliento
sin sobresalto, y en fin
que me miro ya en el centro
de mis glorias, permitid
que mi católico pecho,
una vez que al Cielo debe
beneficio tan inmenso,
vaya á tributarle gracias
rendido, humilde y contento. *vase.*

Rec. Pues ya á Bastan veo libre,
ningun otro bien deseo.

Garc. Moro, pues del bien que goza
Bastan fuiste tú instrumento,
en mi hallarás el asilo
de un agradecido pecho.
Aznar, cuéntame tú ahora
cómo, quándo ó con qué intento,
de las montañas de Heulate,
donde estabas encubierto
desde que perdiste el fuerte
de Avizanla, con tal riesgo
viniste hasta aquí.

Azn. Un pastor
que viene con gran secreto
en trage de Moro á Amescoa
algunos dias, á efecto
de comprarnos provisiones,
escuchó ayer el suceso
de Ainza, y nos le contó
anoche con gran consuelo
de todos: yo en el instante
animé sus nobles pechos
á seguirte, y abrazando
mi dictamen al momento,
cogiendo lo mas preciso,
dexamos aquellos senos,
y amparados de la noche:::

Sale Tell. Señor.

Garc. ¿Qué traes? dí presto.

Tell. Que á la otra parte del rio
se va ahora descubriendo
un exército de Moros
que si á las señas atiendo
á marcha ligera vienen
hácia aquí.

Garc. Pues, hijos, presto,
antes que él llegue á cercarnos,
salgámosle hoy al encuentro
nosotros. Tellez, Guivara,
Felicio, ordenad corriendo
las tropas, y tú, Subica,
quedarás mientras vencemos
ó morimos, con algunos
en la Plaza, mas te advierto
que antes que la deis al Moro
deis á su alfange los cuellos.
Tú, Aznar, con los tuyos, pues
que vendreis cansados veo,
os podeis quedar tambien
á descansar.

Did. ¿Cómo es eso
de quedar? pues ciertamente
que quedariamos buenos
despues que solo á matar
Moros vinimos. Yo al menos
he de salir.

Todos. Y nosotros.
Azn. Oh quanto vuestros alientos
me lisonjean.
Garc. Pues hijos,
á preveniros. No quiero
quitaros la inmortal gloria
que anhelan hoy vuestros pechos.
Ven, Aznar, seguidme todos,
rogando conmigo al Cielo
que para ensalzar su Fé
nos de su favor inmenso.

Vanse. Levantan el telon, y se descubre al frente un ribazo, y en él un álamo frondoso. Al pie una selva de árboles corporeos, y delante un rio que cruza de derecha á izquierda, con puente. Salen por el ribazo Abdemelich, Zulema y Moros.

Abd. Pues en aqueste ribazo
con tal ventaja nos vemos,
haga alto mi numeroso
exército, mientras veo
si puede aquí el enemigo
desde sus muros soberbios
descubrirnos. Ven, Zulema,

Vienen por el puente á la scena.

y pues de tan claro ingenio
diste pruebas, dime, alcanzas
cómo de Ajub el despecho
se pudo anoche escapar
de la mazmorra, teniendo
yo la llave?
Zul. Disimule,
pues no ha tenido recelo
de mí ¿Dime, habia acaso
otra llave?
Abd. No por cierto,
pues solo hay una maestra,
que yo muy guardada tengo,
para todas las mazmorras.
Zul. Pues es fuerza segun eso
que violentara la puerta.
Abd. Eso es lo que mas mi ingenio
confunde, pues ni forzada
la puerta está, ni comprendo
cómo de allí salir pudo.
¡Ah si llegara mi pecho
á descubrir el traidor
que le ayudó!
Zul. No está lejos
de tí. *ap.*
Abd. Pero pues ahora
por imposible lo tengo,
mi furor aplacarán
los miserables lamentos
que vienen dando en los potros
esos Christianos, y siento
que Muza no confesara
de su venida el misterio,
para haberle colocado
tambien entre todos ellos.
Ningun indicio en la Plaza
dan los Christianos de habernos
visto, y pues tan poco dista,
ir hasta sus muros quiero,
amigos: siga la marcha
el exército, y al centro
vengan esos carros, para
que el Christiano admire en ellos
un amago de mi fiera
condicion, y su escarmiento.

Se empieza á poblar el teatro de nubes, y á dar algunos relámpagos y truenos lejos.

Zul. ¡Ah, Cielos, quánto abomino
sus horribles pensamientos! *ap.*
Abd. Pero tened, que ya en agua
se va el furor de los Cielos *llueve.*
desatando. Y pues no hay
donde póder recogernos
en el valle, entre la selva
algun abrigo busquemos
mientras pasa. Cielo santo,
descúbreme tú al perverso
que libró á Ajub, si deseas
darme el gozo mas completo.

Parte de los Moros que habian pasado el puente se ocultan á la derecha con él y Zulema. Salen por la izquierda Garci Ximenez, Felicio, Aznar, Bastan, Guivara, Tellez, Otho, Recesvinda, Didimo y Aragoneses.

Garc. Amigos, si hubiera visto
el número tan inmenso
de los Moros no saliera
á buscarlos, lo confieso;

pe-

pero una vez que ya al campo
salimos, es honor nuestro
morir ó vencer.
Azn. Advierte
que es número muy pequeño
el nuestro para oponerse
á tantas fuerzas.
Garc. Lo creo,
Aznar, mas ya cometido
aqueste error, procuremos
enmendarle con valor;
y pues ellos, segun vemos,
por guarecerse del agua
acaso se dividieron,
avanza, Tellez, al puente.
¿Pero qué miro? teneos,
hijos, y hácia aquel ribazo
volved los ojos.
Azn. ¿Qué veo?
Bast. ¡Qué asombro!
Tell. ¡Qué admiracion!
Fel. ¡Qué prodigio!
Todos. ¡Qué portento!
Garc. Hijos, ahora sí que estoy
seguro de que vencemos,
pues con no vistos prodigios
nos lo aseguran los Cielos.
Vamos á buscar al Moro,
Aragoneses, pues vemos
que todo el poder de Dios
contra esos dragones fieros
va á lidiar; y así en su nombre
tocad al arma: avancemos,
leones, diciendo humildes,
y de una fe viva llenos,
cierra Aragon.
Todos. Santiago,
Aragon viva.
Dent. Abd. Ahora á ellos,
Parte de los Christianos pasan el puente á lidiar con unos Moros en la selva, y por la derecha salen Abdemelich, Zulema y los demas, que acometerán al resto de los Christianos retirándolos por todas partes.
valientes Moros, el dia
de ganar renombre eterno
ó perpetua fama es este.
Garc. Guivara, Tellez, id presto
al otro lado.
Voces. Aragon
viva.
Abd. Christiano soberbio,
¿qué pretendes con sacarme
tan animoso del centro
de la batalla?
Bast. Matarte,
para que adviertas con eso
que no me quitó el lograrlo
el ver tu semblante fiero.
Abd. Herido estoy, mas no creas
que han de tener tus alientos
la lisonja de rendirme;
Le va retirando Bastan al puente.
pues porque no diga el tiempo
que hubo mortal que triunfara
de Abdemelich, mi despecho
hará que esta azul corriente
me dé sepulcro funesto.
Se arroja al rio desde el puente.
Bast. Tambien verá que empeñado
en vencerte mi ardimiento,
aun en tu pira te busca
para lograr su deseo.
Se arroja tras él: salen por todas partes los Moros rendidos por Aznar, Garci Ximenez, Guivara y Aragoneses.
Voces. Victoria por Aragon
y su Caudillo.
Garc. Teneos,
hijos, pues ya nuestro triunfo
confiesa su rendimiento.
Tellez, con toda presteza
con algunos de los nuestros
parte á Benavarri, y pon
en su muro nuestro excelso
estandarte, y en memoria
de tan extraño suceso
será mi escudo una cruz
roxa en campo de oro, y puesto
que el cielo lo ordena así,
apellidarme Rey quiero
de Sobrarbe. Tú, Felicio,
tambien irás al momento
con otros hácia las cuevas

de

de Uruel, y recogiendo
quanto dexamos en ellas
darás hácia Ainza luego
la vuelta.

Los 2. Bien.

Fel. Callaré
para lograr el intento
de librarla que á una Mora
oculta en un aduar tengo.

Garc. ¿Y Bastan?

Tell. Señor, sin duda fue muerto
con Otho y Guivara.

Fel. Ambos
hoy á mis ojos murieron;
pero á Bastan no le he visto.

Garc. Pobres jóvenes.

Rec. ¿Él muerto,
y mi corazon no sale
á pedazos de mi pecho?

Garc. Trances son de guerra. Idos
los dos: mas no, deteneos
hasta ver quién es un hombre
que la corriente venciendo
toca la margen del rio
ya: venid.

Sale por la derecha Bastan con la cabeza de Abdemelich en la mano, y la espada en la otra.

Bast. Válgame el cielo.

Garc. ¿Qué miro? Bastan.

Rec. Amor,
Bastan es.

Bast. Aqui, Señor,
teneis por digno trofeo
de vuestros pies la cabeza
de Abdemelich.

Garc. ¿Quién le ha muerto?

Bast. Aunque él temerario quiso
morir al rigor violento
de las aguas, á ellas yo
enfurecido y resuelto
me arrojé tras él, y en ellas
despidió el postrer aliento
á mis manos, castigando
sus crueldades y excesos.

Azn. Temeraria accion.

Garc. Hazaña
digna solo de tu esfuerzo,
Bastan, y para la qual
no encuentro mas digno premio
que este. Recesvinda, dale
la mano.

Bast. ¿Qué escucho, Cielos?

Rec. Y el corazon.

Garc. Id los dos
á obedecer mi precepto,
y nosotros hácia Ainza
la vuelta al instante demos,
que si Maria dirige
nuestros brazos, y los pechos
inflama, espero que en breve
para admiracion del tiempo

Todos. Ha de restaurar en breve
á Aragon el valor nuestro.
